

danzante baila con la suya sin hacer caso de la vecina, aunque, fijándose mejor, tal equivocación no es posible si aparentemente todas tocan lo mismo: uno solo y mismo enredo que sólo entienden los entendidos... y los pájaros, cuyo sencillo trinar es muy vecino a la música de su ingenuo folklore.

Me detengo a contemplar de cerca a un grupo de éstos. Por sus poros abiertos de par en par derraman, además de sudor con olor de whisky, la más contagiosa de cuantas alegrías he visto, y, por sus ojos enternecidos, largas miradas para sus hembras que cimbran frente a ellos con su gracia exquisita. Estos se han colocado en dos filas, una frente a la otra, y mientras la de las mujeres está inmóvil llevando el compás con palmoteos, la de los hombres se acerca a ellas y se aleja otra vez a esperar el turno de las otras que hacen lo mismo que ellos, sin dejar de bailar al compás del son. Y la marimba parece que se raja bajo la "rabia" de los bolillos, la rabia de no poderle hacer gritar: "¡Vivan los naturales!..." Una bonita cobriza que lleva una flor ya marchita en la mano, me mira con sus ojos oscuros por debajo de sus largas pestañas y de la seda de sus cintas, y al bajarlos después sonríe picarescamente. Tiene tal donaire que me hizo mentalmente repetir:

"La vi tan hermosa  
que apenas creyera  
que fuera vaquera  
de la Finojosa"...

Junto a mí escucho sin querer un diálogo que tuvo mal principio, pero buen fin:

El.—Ve, Robustiana, semos amigos: veníte con yo, tené bueno corasón. No soy andalón a la calle. Mí salidera es por buscar trabajo, porque pisto se vive y pisto se muere. Entonces no soy andalón. Con yo no hay cuidade. ¿Qué valen dos tres tareyas para mí? Puedo hacer hasta cinco. Yo soy juerte y tengo mucho pisto.

Ella.—Si es tu verdá, ¿por qué no me comprás alguna mi cosa, un mi perraje?

El—.Esperáte. Tal vez este amigo —y me señala a mí— me quiera prestar. Si me presta te doy; si no...

Y antes de lo que pude imaginarme lo tenía frente a mí, pero como en suspenso. Le jugueteaba una sonrisa por los labios, es verdad, pero sus ojos acusaban más bien deseos de darse a la fuga ante el adusto ceño de mi frente y el chisperío fiero que logré echar por mis ojos y hasta por mis oídos, según creo. El caso era que no me gustaba la broma esa de ser requerido por un desconocido, máxime que yo no tenía idea de la cantidad que él iba a necesitar, ni de lo que él haría al negármele. Su última expresión: "Si no..." la interpreté como una amenaza dirigida contra mí. Después me di cuenta que con esto apenas había querido decir: "si no me presta no te doy". Pero entonces no lo sabía, y me revestí de una corteza dura que tuvo la virtud de desconcertarlo que era una lástima, dándome la impresión de que para este fin con una corteza la mitad dura hubiera bastado. Materialmente, él no hallaba ya qué decir ni qué hacer, allí parado frente a mí, en tanto vagaba por los labios de la pretendida una risa burlona que no se cuidaba de ocultar. Y, cuando desarmado mi "agresor", daba ya mi triunfo por seguro, he aquí que un tercero que estaba a mi lado y que lo había observado todo, habló por él... y por ella:

—“¡Vaya señor! —me dijo—. ¡No se impaciente! Mire que nosotros, desde la cuna hasta la tumba juimos mulas de carga y no nos impacientábamos ni decíamos nada. Si agora no quiere prestarle nada al amigo, no se lo preste, que nada es a la juerza, y él verá dónde le compra su perraje a su Robustiana. Pero no ponga cara de... cara de...”

Antes que pudiera concluir la frase le interrumpí apenado:

—“Les pido disculpas. Y usted, señor, tiene razón en lo que dice: confieso que hice mal. Pero usted sabe que aquí todos han acostumbrado andar siempre con cara de... —tampoco yo me atreví a decirlo—, y, sin duda, que me he contagiado...”

—“Pues descontágiense, que eso jué cierto bajo la dictadura de los ladinos, pero sólo entonces. Agora es otra

cosa. —Y lanzó su grito—: “¡Vivan los indígenas! ¡Viva la Libertá!...”

Y la Robustiana seguro que se puso su perraje nuevo, y tal vez algo más, porque yo le di cinco quetzales a su porfiado señorito.

Al lado de todo esto y en torrente desenclutado huyen los cara-pálidas, más pálidos que siempre y más rápido que como vinieron al mundo, pese a los muchos obstáculos del camino. Pero para una voluntad decidida como la suya no hay obstáculos, sobre todo si en ellos todo es abatimiento, perplejidad y confusión, que no sólo las mujeres llevan despeinado el cabello, la cara brillante de lágrimas y los ojos hinchados. Atrás se dejaron todo abandonado, incluso a Pandora con su caja, para llevarse no más que la vanidad, y hasta ésta herida, pero contentos de escapar por la puerta trasera, y felices por conservar la vida: que siempre fué mejor un perro vivo que un león muerto. Al pasar, el pueblo al reconocerlos, les gritaba: “¡Señores sicofantes, la farsa no es eterna!”... ¡Pobres ladinos, abandonados por el Universo y puestos hoy fuera de la ley, de esa ley que ellos mismos dictaron, ellos que eran corazón, estómago y cerebro de Guatemala. ¡Quién iba a decirlo!... Hoy sólo quedan los otros, los miembros no más. El estómago podrán inventárselo, pero, ¿y lo demás?...

Mas la danza sigue y sigue incesante y frenética, entre el lujurioso tintineo de chachales y aretes, de gritos y carcajadas; y yo también sigo adelante, ¿a dónde? no lo sé, pero avanzando, avanzando despacio por entre los danzantes que ocupan todo espacio comprendido entre pared y pared y entre océano y océano, en un mar de cabezas iridiscentes con movimiento de olas y en eterno flujo, y haciendo esfuerzos yo mismo para no danzar también. Porque es una fiesta absoluta, pechos adentro y afuera. Tu multuoso festival en el que todo es música y colores, mudanza y ruidos; y hasta las paredes parecen expandirse y retraerse acompasadamente, en incomparable carnaval. Su animación hace perder la noción del tiempo y del espacio, desorientando hasta en el pensamiento. Sin saber cómo, me encontré una vez en el interior de una tienda cuyas puertas obligó a abrir la policía para satisfacer la deman-

da del pueblo, así como abrió también muchas cantinas y restaurantes; y yo no supe a qué horas entré en ella. En otra vine a reconocer, por la disposición de las paredes, el interior de un mercado en el cual las marimbas substituían a los mostradores, y en donde a falta de comestibles o frutas, habían botellas y mujeres.

En este lugar un indígena ya entrado en tragos reparó en mí, y, destapando su botella, me la ofreció diciendo:

—Tomá. Bebéte un trago.

—Gracias, mi amigo. Yo no tomo —le contesté,

Una mujer terció:

—Dejálo, Como que es juerano. ....

Pero el otro insistió:

—¡Qué! ¿te afrentás de mi porque soy indio? ¿No sabes que: ¡vivan los indios!...?

Ma apresuré a tomar de su botella el trago que me ofrecía, el que por cierto me supo a vinagre, y antes que viniera un segundo, me safé como pude. Ellos se quedaron comentando: “¡Buena jangada! ¡Buena jangada!”, y se reían con boca de esquimales, mostrando amarillos y escasos los dientes.

Continué en la calle dejándome llevar por las aspas del molino, aunque fuese al precio de tragos tan amargos como ese. Pude observar que algunas grandes imprentas, como la del diario que pretendió echar sombras sobre mi hombría de bien, han sido ocupadas por los señores de nuevo cuño, atareados ahora en reparar las máquinas que sus viejos dueños dejaron averiadas. Pero algunos carteles a modo de gaceta puestos en las paredes me hicieron ver que el nuevo gobierno no pierde su tiempo, pues en ellos constan sus dos primeros decretos: uno referente a la organización de su gabinete, reducido ahora a seis carteras, y el otro a la convocatoria de la Constituyente que deberá reunirse el lunes.

Ante estos hechos traté en adelante de mirar no sólo el lado del jubileo, sino también el del trabajo, en donde lo hubiese; y me encaminé al Palacio del Congreso. De pasó vi que los bancos están cerrados, así como aquel palacio, aunque éste sólo moralmente, pues sus salones y pa-

sillos no servían sino para albergar a las marimbas que cantaban con renovado entusiasmo ante los nuevos parlamentarios: "naturales" grandevos de los que había visto en la Biblioteca, pero que su edad no obsta para unirse ellos y sus mujeres en reposadas cadencias, haciendo honor a esos pianos africanos, incluso hasta en el salón de los pasos perdidos.

Después de contemplarlos por un rato, seguí vagando, pasando en seguida frente al Palacio de Comunicaciones, al cual no fué necesario entrar para darme cuenta que allí se bailaba hasta en los andamios del cuarto piso, bailadores que hacían gala de consumados equilibristas. Seguí adelante, siempre en dirección al sur. Cuando llegué a la Biblioteca Indígena me enteré que allí se desarrollaba una alegre tenida, en donde las piezas de baile se alternaban con discursos y brindis y en el mayor orden; pero nada pude entender porque hablaban en dialectos.

Volví a salir, y, alcanzando la sexta avenida tomé hacia el norte, crucé el parque central, desmantelado ya de sus tiendas de campaña —¿ dónde habrían ido esos refugiados?— y al final me vi a las puertas del Palacio Nacional, en el mismo lugar donde apenas ayer era la "tierra de nadie", allí donde creí verme entre la espada blanca y las balas cobrizas. Pero esta vez no había riesgo —¿cómo cambian los tiempos!—, que hasta los soldados, dejando los estorbosos rifles y mochilas en el suelo, se entregaban como locos al baile, bailando hasta entre ellos mismos por la escasez de mujeres, y gritando siempre: "¡Viva Miguel Xirúm Ij! ¡Viva nuestro Presidente!" Las insignias patrias estaban izadas hasta el tope de los mástiles.

Abandoné la puerta y retorné a la calle. Mas la multitud, que arrastra sin caminar, me forzó a entrar a la iglesia de Catedral, haciéndome pasar entre los tambores y roncós flautines o chirimías que se desgañitan a la entrada entre cirios e incensarios humeantes. Al no más entrar percibí ese típico aroma que se desprende de las iglesias en fiesta, y que es mezcla de incienso y de cera, de humedad y de flores: nardos, cartuchos, dalias, corozos, flor de dolores y catarinas, flores de muerto y de pascua, lirios y demás tuberosas. Y pronto quedé encantado de

haber acertado a visitar ese centro, pues comencé a ver que acudían, como en romerías indios e indias en cantidad fantástica, pujando cada quien por llegar hasta la meta que la constituye la primera imagen o el primer altar que logran alcanzar entre la enorme concurrencia, a los pies del cual se arrodillan en salutación tumultuosa y doblegándose hasta besar las piedras bases de los altares, entre nubes de incienso e infinidad de velas de cera que llevan por mayor y que representan cada una un voto particular de agradecimiento al santo de su devoción al cual vienen a invocar, pero importándoles poco que el que tengan enfrente responda —si es que responde— a nombre distinto, como si confiasen en que los santos no se disputarán entre sí los votos de los creyentes.

Los altares, que refulgen con los cirios y las custodias de plata, ostentan el más rico colorido. Anchas y vistosas telas de seda bordadas con hilos brillantes penden de la techumbre, policromadas como ellas solas, que más parecen piezas de güipil de una india gigante, del güipil de la india de Guatemala; y el piso lo han alfombrado con hojas de pino, además de las velas que paradas en el piso alfombran de fuego todo el suelo, dificultándose ellos mismos la pasada de una parte a otra. Pero al pie de los altares dichas velas son usadas como leños en rajas, con las que forman pequeñas hogueras en las que queman sus porciones de copal, poniendo en contorno y en sentido radial una serie de claveles silvestres, como si la idea fuese formar una estrella o un sol de fuego y de flores...

Y no he visto ni en las mezquitas de los árabes tanta fe y piedad tanta. De vez en cuando alguien cae de rodillas al trasponer el umbral y avanza así hasta el altar aguantando machucones y lastimándose las rótulas, en cumplimiento de alguna promesa, rezando en todo el camino. Y todos rezan a su modo en tanta variedad de lenguas que sólo Dios puede entender. Uno de ellos (chu cajáu o sacerdote) entrado en años y vestido a su manera: pantalones y camisa blancos, chaqueta de lana rayada de negro y blanco, y abajo una como falda negra, también de lana, abierta atrás y adelante y cuyas dos mitades son re-

cogidas a los lados por la banda que ciñe la cintura, de hinijos, en español decía, con el clásico deje chapín:

“¡Ay, Dios!: perdoná a mis hermanos que se quedaron ajuera bebiendo, y bailando, y gritando, y no vinieron a rezarte y a darte gracias por este favor, ¡ay Dios!... No te trajeron el pom ni las candelas prendidas, sólo botellas que beber y mujeres para bailar... Y se quedaron ajuera con sus mujeres y sus nanas y sus hijos. ¡Perdonálos, ay Dios! Antes te pedía para ellos consuelo y bendiciones, agora te pido que los llevés en el buen camino, y que siempre sean humildes y sumisos, y más buenos, ¡ay Dios!...”

Una anciana, con igual humildad y deje de letanía, rezaba al parecer invirtiendo las personas:

“...perdonálos, Señor. Santa Catarina, la Virgen de Buda: ¡librálos, Señor, de los caminos del Purgatorio; librálos, Señor, de las injusticias y de todo mal. Del Purgatorio, por nuestra encarnación y nuestro santo nacimiento, ¡librálos Señor!...”

No lejos de ésta, otro anciano rezaba así:

“¿Pa qué lo quitaste m'hija? ¿Pa qué te lo llevaste, mi Dios? Hoy no tengo hija. ¡Nada tengo! ¿Qué t'hizo ella para que le quitaras la vida? Era honrada, era trabajadora, cumplida con su padre y con sus hermanos. y cumplida con Vos como fiel creyente. Sólo tenía estos pecados: que le costaba levantarse temprano, pa moler el maíz, y se dolía de la cabeza cuando se ponía el cántaro encima. No tenía más pecados. ¿Pa qué sos ingrato con yo?... Pero si me hacés un poco milagro me portaré bien, haré mi visita al santo lugar de costumbre pa prender mis candelas y quemar mi pom, pa que el Gran Espíritu sea con yo...”

Entendí que su única hija hacía poco había muerto, y en su sencillez e ingenuidad había venido a “protestarle” a Dios, ofreciéndole a la vez lo único que podía dar: buen comportamiento. Y todos se caracterizaban por esa su manera peculiar de rezar, que creen hablar personalmente con Dios. Así ocurrió con aquel otro que invocaba la ayuda de Dios, su “Tata Dios”, para el alumbramiento de su mujer que a su lado estaba sentada sobre su tobillos y

callada, con tan grande vientre que ya parecía haberse retrasado, y las manos descansando sobre sus muslos, fijos los ojos en la imagen de la Virgen; y así también con aquel señor vestido de negro, desde el sombrero de ancha ala hasta el calzado. Venía con el grueso de su familia—madre, mujer e hijos, hermanos y cuñados— trayendo una canasta llena de mazorcas de maíz amarillo, la que puso a los pies del altar rodeándola de velas y panes humeantes de pom, y que, con sus rodillas en tierra, rezaba de esta guisa:

“Señor Yesucristo, echá tus bendiciones sobre mi maíz. ¡Que la santa tierra lo haga germinar luego! ¡Que no lo marchite el aire ni se lo coman las aves! Y mandá lluvia que no sea mucho bastante porque se pudriría, ni tan poquito porque se secaría. Y te prometo que el primer jilote lo vestiré de Pachita...”

Esta era la canasta simbólica de la nación y ese feligrés, el ciudadano símbolo del país. Y mientras hablaba extraía del morral las velas de la ofrenda, y que a veces cambiaba éstas por la botella de aguardiente, para echarse un buen trago entre candela y candela, y entre pecho y espalda. De igual modo —salvando la parte de la botella— rezaba prosternada una indita, mostrando sus legumbres en un guacal. Decía:

“...¡Ay Virgen, Virgen María, tu cara guisquil, tu cara guicoy, tu cara ayote, mi nana!...”

En pleno altar mayor, hasta donde me había deslizado sin sentirlo, encontré postrado un indio esplendorosamente vestido. Se trataba de uno de aquellos semejantes a peces por el traje, o sea de calzón y chaqueta negros, con la estrella solar bordada en seda tricolor en sus aletas laterales —la estrella que formaban además con las candelas y los claveles—, la capa negra de mangas cortas (capixay) sobré los hombros, y los pies calzados en hermosas sandalias estilo Renacimiento. A su lado había dejado la vara insignia de autoridad, enriquecida de oro y plata, y su oración la decía en su propio dialecto, el cual no era una lengua vulgar, como podría suponerse, sino una llena de dulzura y de armonía que sonaba como aguas despeñadas sobre graderías de cristal (lengua quiché), al

par que de un lienzo especial que le colgaba del hombro sacaba sin descanso incienso y velas para quemar. Su oración me interesó en gran manera, pues a juzgar por su sonido, sus palabras debían ser poéticas y su sentido elevado, toda vez que él parecía llevar la batuta entre el grupo que lo rodeaba, a la manera de los imanes de Mahoma, tratándole aquéllos, además, con la deferencia que se tributa a un cacique. Tuve la suerte de hallar un buen prójimo —otro indio— que a ruegos míos me tradujo así un fragmento de aquella oración.

Rezaba así:

“¡Oh Tú, Corazón del Cielo! Aquí estamos todos tus hijos para agradecerte todo el bien que nos has dado. Nuestra cosecha fué abundante, como correspondía a nuestros ruegos y trabajos: están llenos los silos de nuestros corazones, y sanos nuestros hijos y hermanos; tenemos techo donde guarecernos, y ya no somos esclavos sino hombres libres para amarte como dignos hijos tuyos.

“Danos tu Sabiduría, ¡oh Corazón del Cielo!, para no llevar en adelante caídas ni tropiezos, ni olvidar nunca a los que siguen en el mundo sin techo para guarecerse y sin salud para gozar del sol; y sea siempre nuestra marcha de feliz ascenso más allá del árbol, más allá de la montaña, más allá del sol, ¡oh Corazón del Cielo!...”

No me apena confesar que nunca había oído una oración más humilde y más sabia, con esa digna humildad que da sólo la misma sabiduría. Me sentí feliz por el valioso hallazgo —¡una joya!— que había hecho bajo el sedoso petalar de su sonora lengua. Lamenté no más que mi improvisado intérprete, deseoso de seguir su propio rezo, se hubiese negado a seguirme traduciendo; aunque ya poca falta hacía, porque escuchando aquellas hermosas modulaciones, aquellos sonidos que brotaban de su garganta como el humo de su pebetero: en espirales y dulces remolinos, era más que fácil imaginarse el místico significado de cada una de sus palabras. Y hasta pensé que tales palabras se fundirían con la facilidad con que los ríos se funden en la mar. Y hubiera querido seguirle escuchando todo el tiempo, pero en un templo cuajado de fieles, y todos con la profunda piedad que da la fe, no era posible

prestar atención sólo a uno, máxime que las voces invadían campos ajenos, interfiriéndose mutuamente. Así fué como supe de otro indito —uno con pantalones blancos y lisos y saco oscuro de jerga, y los pies en caites— cuya oración decía:

“Dios mío: te agradezco todo el bien que me diste, y los castigos que recibí de Vos, porque con unos y con otros me doy cuenta que te acordás de mí. Gracias, amor mío, gracias, mi vida, gracias... Ahora ya no te estoy pidiendo bienes de este mundo, ni siquiera bienes del otro: sólo te pido amor: que me ames como a hijo tuyo, así como yo te amo como a mi Padre... Sé que no hace falta pedirte ni esto, porque Vos sos Amor, pero yo siempre te lo pido porque soy tu hijo. Mi amor, mi esperanza, mi corazón, ¡gracias, Dios mío!...”

Tal oración, sencilla como los buenos corazones, me conmovió profundamente. Era unguida del más tierno de los sentimientos, y vibró con la más pura de las verdades, con sabor de salmos davidianos. Oyéndola sentí más el aliento de todos, y más reparador el aire que respiraba. Pero el indio cesó de hablar, y no hacía más que mirar, a través del techo del templo, el cielo azul que yo también veía reflejado en sus pupilas...

Pero luego las oraciones quedaron ahogadas por los coros de cantadores: grupos de hombres y mujeres que desentonaban lastimosamente, con voces tan destempladas y desacordes, que sin pretenderlo simulaban desde el chillido del ratón hasta el graznido del cuervo, al extremo de hacerme notar que entre la aglomeración de gente, las llamas de los cirios y el copal que fumigaba hasta la sangre, el ambiente se había hecho sofocante. Y en esto tampoco hay exageración, si de repente veía ocurrir algún trágico desvanecimiento, y el accidentado era sacado en brazos por voluntarios para hacerle respirar el aire de afuera, que si no era saturado de incienso, como el de adentro, al menos lo era de pólvora. Y no sin pesar, frotándome a las paredes para no ser involuntariamente empujado sobre la alfombra de fuego, salí al fin del templo para confundirme de nuevo con los eternos bailarines, confundidos ellos mismos con el fragor que armaban las campanas y las

bombas, los cohetes, marimbas y coheteros, y más arriba con el de los aviones que trepidan sin cesar transportando a los ladinos Dios sabe dónde, pero con seguridad más allá de las fronteras, y formando en conjunto estruendo tal, que ahuyentara a los espíritus malignos si los hubiese. Mas los ladinos, sin ser precisamente espíritus — apenas almas en pena, como salidos del antro de Trofonio— continuaban su grande y desordenada fuga, forcejeando por cruzar luego no el Rubicón, sino el Suchiate o el Paz, y llevando lentes oscuros ante los ojos y el puño apretado contra la boca para acallar sus lamentos, al par que trataban, sin conseguirlo por la perspicacia de los otros, de hacerse hormigas y pasar inadvertidos. Que a su paso eran saludados con los conocidos gritos de:

—¡Vivan los indígenas! ¡Viva la Libertad!...

Y, como en la vieja Roma, algunos, chanceándose, agregaban:

—¡Los dioses se van! ¡Los dioses se van!...

Y ellos se iban perplejos y con pánico en sus corazones, empujando o llevando a rastras sus bártulos con la prisa que le permitían sus menguadas fuerzas, y con rumbo al aeropuerto en busca de los salvadores aviones. Pero ¿qué importa que se vayan si queda entre nosotros la alegría hecha color y el color hecho música? Sólo es de lamentar el final de los “permanentes”, de los escotes y cosas semejantes. ¿Pero será de lamentar realmente?...

Y con la velocidad con que ellos se iban así, desfilaron las horas, sólo que éstas pasaban sin sentirse, inadvertidas de verdad en medio de tanta juerga, risa, baile, música, vitoreos y comilonas; porque también se llegó la de comer, y las mujeres encendieron fogones en los lugares donde pudieron para poner a asar tortillas y carne, carne amojamada de venado y de lagarto, y tamales en hojas de maxán, juntamente con el café servido en jicaras con jugo de gusanos; comida que devoran por turnos más que de prisa, mascullando menos que tragando, mas dejando los labios siempre separados, sin miedo ni a las moscas. Pero el riesgo no es sólo para esas bocas abiertas, sino también para el incauto que aún teniéndola cerrada se quede en la vecindad de tales ollas, porque a me-

dida que comen suelen tirar las cáscaras y los desperdicios a diestra y siniestra, y sin mirar si uno tiene que quitárselos de encima si le estorban.

Y quitándomelos yo también, porque me estorbaban, me vine al hotel con paso sudoroso, con el objeto de almorzar, lo que hice con tanto apetito, pese a mi gran fatiga. Y de buena gana me quedara ahora a descansar toda la tarde si no he llegado a pensar en mi amigo Gutiérrez. ¡Cómo me gustaría verle la cara que ha de haber puesto! Y, a fe, que esto vale una misa. Voy al momento.

Diciembre 24.

Domingo.

Hora: 9.10.

Amaneció el veinticuatro, y ya estamos en Navidad. ¡Quién lo dijera! ¡Esta noche es Noche Buena! Y esto sí parece mentira. Sin embargo, ¿no es verdad que en adelante todas las noches serán buenas? ¿Qué extraordinario hay, pues, en que la de hoy lo sea si todas las noches, y hasta los días, serán ya propicios para el nacimiento de un niño, de un Niño Dios? Y aunque parezca mentira...

Y esta mañana sí dormí como un bendito. Ignoro qué hice para lograrlo, pues si es cierto que los cuartos del hotel son a prueba de ruidos, pero es a condición de dejar las puertas y ventanas cerradas, no que, por mi gran cansancio, las había dejado abiertas. No obstante, el hecho es que dormí, y eso es lo que importa. Dormí al no más poner la cabeza en la almohada, sin que nadie pudiese evitarlo, y pese, además, al vacío de mi estómago al haberme quedado sin cenar; pero estaba harto de fatiga, y, a no dudar, lo uno valió por lo otro.

Pero hay algo aún más importante que todo, y es que al fin vi a mi amigo Gutiérrez y Solares, aunque tal vez, y desgraciadamente, ésta haya sido la última vez, pues por el extravío que luego sufrimos ya no pude informarme del lugar donde podría hallarlo en el futuro, dado que

seguramente no volverá más al restaurante Ensueño. Debo empezar diciendo que, como lo pensé, salí en su busca recién dadas las 14 a efecto de llegar temprano, y ¡cómo se alegró, o nos alegramos, al vernos!... Sin embargo, por poco no llego a tiempo, que muy a pesar mío había que caminar despacio, salvando toda suerte de obstáculos, amén de uno que otro "bolo" dormido a pierna suelta, atravesado en el piso. Y aunque a veces me veía obligado a dar empujones y codazos para seguir avanzando, no por ello lograba acelerar mi marcha, así como ninguno de los maltratados se daba por enojado ni abandonaba su expresión alegre y feliz, limitándose a reganar el equilibrio que le había hecho perder para seguir conduciéndose como burbujas de champaña en esta gigantesca copa que es Guatemala, moviéndose, como aquéllas, desde el fondo hasta alcanzar la superficie de ella en donde estallan en carcajadas y gritos.

Y cuando pude al fin llegar a la esquina de la sexta avenida, tuve que detenerme viéndome totalmente paralizado por un obstáculo poco menos que insalvable, un verdadero valladar constituido por una procesión religiosa que era más bien una procesión de procesiones, y que se movía lento entre un continuo tronar de bombas y cohetes, y al son de marimbas, tamboriles y chirimías.

La procesión, como dije, era constituida de numerosas secciones, núcleos o segmentos, pudiendo ser considerado cada uno como una procesión distinta y solamente yuxtapuesta; de modo que con la descripción de uno se describen todos, y, por consiguiente, la procesión entera. Tomando, pues, una de estas secciones, la hallamos compuesta: primero, por un imponente grupo de indígenas bajo palio gastando casullas negras que les dan la apariencia de sacerdotes, y portando grandes varas de plata rematadas en cruces y en flores, o bien en estandartes labrados también de plata, y que caminaban erguidos, casi soberbios, indiferentes a todo lo que les rodeaba, con la altivez de su grandeza, no tanto religiosa o política cuanto racial: la grandeza de su raza. Habían vuelto a ser ramas del glorioso tronco, y decididos a florecer y frutar como en el principio.

Seguía después un espléndido conjunto de enmascarados vestidos como toreros, con trajes de luces extraordinariamente vistosos, y largas y azules capas a la espalda ornada hasta de espejos, lo mismo que los charros, y las coronas reales o principescas hechas de cartón y llevados encima de sus exuberantes y blondas pelucas, y, en los pies, sandalias con listones de seda de muchos colores. ¡Oh los indios, que aún careciendo de plumas, se hacen envidiar hasta de los pájaros!... En la diestra llevan unas como maracas (chinchines), cascabeles y sonajeros de infantes, o bien platillos con cadenitas de plata que hacen sonar agitándolas a cada paso, y la otra mano descansando en la cadera, en tanto las brillantes piernas se mueven sin cesar con fiero chirrido de sandalias en danzas rítmicas y reposadamente al son de las marimbas que avanzan con ellos llevadas entre cuatro inditos: dos en cada extremo, o llevadas por uno solo, cuando es pequeña, asegurándosela a la espalda por medio de una cinta ancha de cuero y mantenida frente al pecho con bejuco a modo de quedar libres sus brazos y poder tocarla él mismo mientras camina. Algunos de aquéllos llevan cuernos en la frente y máscaras de toros y de monos, de tigres, y de leones y de otros muchos animales salvajes y domésticos, reales o fabulosos, exhibiendo además hasta serpientes vivas, las más grandes que hallaron en sus bosques, enroscadas en sus brazos a modo de pulseras constrictoras, como danzan en sus fiestas los indios-pueblo de mi patria; o bien aquellas máscaras representan a mexicanos y españoles. De éstos, algunos desaparecen bajo sus paraguas, dando el aspecto de paracaídas que nunca acaban de caer, con el bastón adornado de listones y formando un continuo y negro techo sobre sus doradas cabezas como si la idea fuese la de hacer el mayor ridículo posible. ¡Y bien que lo conseguían! Asimismo, había también mujeres entre ellos: dos jóvenes quinceañeras bien vestidas y llamadas "princesas", con velillos en vez de máscaras, vestidas de rosado con lentejuelas, y llevando la una capa y sombrero verde, y la otra capa y sombrero rojo, mientras bailaban como las buenas haciendo sonar igualmente sus platillos de cadenitas. Con ellas viene el

jefe de la resistencia indígena ante los conquistadores, Tecún Umán, y el Rey Quiché con su triple corona en la cabeza y el cuerpo disecado de un quetzal en la cúspide, como los incas usaban un cóndor sobre el hombro. Y van como jugando, divirtiéndose ellos mismos al par que divierten a los demás; así: aquellos que llevan culebras se las meten dentro de la camisa para sacarlas después por el ruedo del pantalón. Los que llevan sonajeras le acercan ésta a la boca de un compañero imaginándose ser la botella de ron, gritando a la vez: "¡Tómese un trago compadre!", y el otro le contesta acercándole la suya: "¡Un trago, comradritóoo!", y se separan luego sin darse las espaldas, danzando en pequeños círculos. Otras veces, para romper la monotonía entre las máscaras, uno grita, dirigiéndose a su más vecino: "¡Alegre, compadre!", al cual contesta: "¡Alegre compadritóoo!", grito éste que es repetido por los demás hasta extenderse y dilatarse como onda en la superficie del agua cuando se le lanza una piedra, hasta a las más apartadas máscaras, porque todos van pasando dicho grito a los que siguen, en el más animado de los ecos, y haciendo brotar de las insensibles máscaras carcajadas a torrentes con resonancia cavernosa. Pero, broma aparte, a veces era de verdad lo que bebían, y a través de las pitas retorcidas y amarillas que simulan los bucles de su ingenua y rubia cabellera, se meten el cuello de la botella que puede ser de café cuando no es de ron, haciéndola después pasar de mano en mano hasta que aquella resulta agotada, siendo a su tiempo substituida por otra...

Tras los enmascarados viene otro grupo de "principales", como llaman a estos jefes de cofradías, vestidos de punta en negro, con sus ricas insignias de oro y plata sobre sus vestiduras, encima de la cual llevan la banda o ceñidor rojo con sus extremos bordados en colores y cruzados adelante para que cuelguen, y al hombro sus blancos morrales: unos lucen calzones cortos y negros, a veces rajados a los lados, y "zutes" rojos con bordados en la cabeza, y otros usan pantalones rayados, capas negras como casullas sobre los hombros, y colgando de sus negros sombreros jaranos de petate listones de puntas bordadas y li-

bres sobre la espalda, y que parecen ser remedios de las corporaciones de encapuchados de la Sevilla de los "pasos", que en vez de las saetas vienen repitiendo a grandes voces en sus originales dialectos las 150 avemarías del Salterio elevadas a la enésima potencia, pues al terminarlas las vuelven a empezar, y llevando en sus manos radiantes custodias de plata que llaman "escudos", incrustadas de perlas y con minúsculas campanillas pendientes de ellas, o bien largos báculos o cetros rematados también en los mismos escudos o en imágenes labradas, igualmente de plata, y que dan a adorar a los creyentes que para ello se han puesto de hinojos fervorosamente, mientras entre ellos mismos se hacen reverencias y genuflexiones cada vez que se encuentran. A continuación vienen las capitanas de esas cofradías, vestidas lujosamente y cubierto el rostro con un velo, portando candelas encendidas y rezando sin cesar.

Luego, y entre ruidos nunca oídos de campanas, tambores, "tortugas", pitos, "gorgoritos" o pitos de agua, y chirimías o flautines que habrían sonrojado a Sileno de haberlas podido oír, vienen las benditas imágenes y sagradas efigies de santos y vírgenes traídos en ornamentadas andas con su correspondiente y más que excesiva dotación de fieles que traen también sus velas encendidas, y echando al viento sus cánticos de alabanzas que los cohetes llevan hasta Dios, según el decir de ellos, en tanto los turiferarios quemaban incienso o pom en numerosos y portátiles pebeteros, y los demás triquitraques llamados aquí cohettillos, y bombas voladoras que hacían estallar de seguido, amén de los cigarros y cigarrillos que fumaban en bendición a modo de llenarlo todo de humo. Así, pues, si tomadas separadamente cada sección resultaba extraordinariamente original, tomadas en conjunto constituía la más fantástica de cuantas procesiones he visto, capaz de matar de envidia al mismo Momo, no tanto por los ruidos ni por la nube de humo que la rodeaba, cual si fuese la nube que guió a Moisés en el desierto, como por su enorme multitud de imágenes, tantas, que se dijera que habían vaciado todas las iglesias y capillas y plus ultra. En el divino desfile despuntaba San Miguel Arcángel y su

serpiente, siguiéndole después el Cristo del Resucitado, y luego San Antonio, San Roque, el Cristo Yacente, San Caralampio, la Magdalena, el Cristo de la Agonía, Jesús atado a la columna, San Blas, San Judas, la Virgen de la Concepción, San Francisco de Asís, la Madre Dolorosa, el Niño Dios en el pesebre, un Rey Mago, la Cruz de la Crucifixión con las clásicas escaleras y un gallo de madera al pie, que si fuera de carne y plumas fuera más de apetecer, y, con riesgo de quedarme corto, un millar más de imágenes y efigies hasta confundirse las últimas con el mismo horizonte, algunas raídas y hasta rotas, que el antiguo sacristán las tenía listas para llevarlas al taller de reparaciones, unas, y al fuego purificador, las otras, pero hoy todas resucitadas o dadas de alta por la fe milagrosa de los indios.

Pero no era carnaval, sino, como he dicho, una procesión religiosa sacada en acción de gracias por el triunfo alcanzado, y, de paso, hacer también participar a los santos de su altruista jolgorio. Y, por donde iba pasando, los danzantes profanos, digo, los que no gastan máscaras, que es el público todo, cesan en su ejercicio, y marimbistas y bailadores se arrodillan y persignan y besan las custodias con profunda devoción.

Mas para mí era aquella una procesión castigadora, porque me imposibilitaba el cruzar la calle, que era, al fin, todo lo que me quedaba para llegar a mi destino. Al frente, pues, estaba el restaurante; pero la procesión formaba una muralla entre los dos, muralla que no admitía, como las comunes, escalera para ser franqueada. Y ni modo de esperar a que pasara, porque era tan larga y caminaba tan lento que de eso no quedaba ni esperanza. Y habiendo renunciado a seguir en tal dirección, volvíme al hotel, desconsolado; pero las veces que intente alejarme, —porque no fué sólo una vez—, otra fuerza superior me retenía o me impulsaba a volver al lugar donde había estado esperando, empujándome a vencer ese obstáculo e ir a ver ¡ahora o nunca! a mi amigo. Y, por último, me decidí. Fué seguramente un acto irrespetuoso y, a los ojos de los interesados, hasta blasfemo; pero, ¿qué otra cosa podía hacer sino meterme como cuña en los intersticios de esa mu-

ralla? Y eso fué lo que hice, aunque cuidando de no levantar la cabeza por temor de encontrarme con miradas ofendidas y airadas, pese a que la mía iba más airada todavía de verme en aquella nube espesa de todos los humos y de todos los ruidos que es dable imaginarse, caliente como sus candelas que amenazaban achicharrarme, y, además, sintiéndome pródigamente pisoteado de rodillas abajo. Y fué que, para librarme precisamente de este pisoteo, busqué refugio bajo una de aquellas andas que caminaban en el centro de la calle, adonde llegué tan estrujado, manchado y arañado que ya no tuve valor de volver a empezar con la mitad que me faltaba del otro lado; y como el esfuerzo de regresar era el mismo que seguir adelante, acepté por de pronto quedarme allí, mientras lo pensaba, tanto más que, doblándome por la cintura, encontré más espacio del que necesitaba. Pero si es verdad que detrás de la cruz está el diablo, no es menos cierto que debajo de esos santos está el infierno, pues era allí donde la atmósfera pesaba más por las nauseosas emanaciones que soltaban los cuerpos sudorosos de los cargadores, máxime que muchos de ellos iban revestidos de herméticos "cucuruchos" como pájaros de mal agüero, aunque no tan herméticos como para no dar libre salida a esas emanaciones que resbalaban por las mangas o el cuello, sirviéndose luego del aire para ascender hasta mi nariz en donde estallaban con más estruendo que una bomba, estallidos que al fin tuvieron la virtud de devolverme con creces el valor que me había abandonado, animándome a embestir contra los fieles del otro lado hasta verme sano y salvo en la acera correspondiente. Caminé luego en sentido opuesto al de la procesión, y finalmente llegué al restaurante Ensueño.

Al entrar en éste no me sorprendió ver su salón atestado de indios, porque ya lo esperaba así, los que bebían ahora un "mint julep" de champaña, sal y chile picante que sólo a ellos pudo ocurrírseles, en medio de una parlería de loros a cual más ininteligible, en tanto otros bailaban no al compás del piano, que ya cayó en desuso, ni siquiera de las aristocratizadas marimbas de cristal o

de bronce, sino de aquellas plebeyas y rústicas suyas y traídas por ellos mismos.

En busca de mi amigo me fuí directo a su reservado, y, conteniendo hasta la respiración, empujé la puerta. Me había invadido de pronto el temor de no hallarlo, de ver su lugar vacío, o bien de hallar en lugar de la suya caras indígenas y extrañas. Y, efectivamente, esto fué lo que aconteció, que encontré indios no más, caídos sobre la mesa y dormidos ya de borrachos.

Me pasé la mano por la frente, al tiempo que me apoyaba en la pared para no caerme, sintiendo que las piernas me flaqueaban, pues aquel fiasco me hizo el efecto de haber cruzado cien veces la calle. Y me pregunté si no habría sido que él también se agregó ya a la caravana de los ladinos, aunque me era difícil creerlo del todo, dado que él había dicho que aquí tenía todos sus intereses. A pesar de eso, me daba cuenta que su fuga no tendría nada de extraordinario, aunque hubiese sido sin avisarme, pues cuando está uno poseído del miedo, ¿quién piensa en los demás? Pero eso era exactamente lo que me había preocupado. Di entonces la vuelta y me fuí a la cantina a informarme con el propietario; y, ¡qué alegría!, si lo primero que vi al no más llegar fué a él, o, mejor decir, a ellos: mi amigo Gutiérrez y la botella, su inseparable compañera, en una mesita especialmente colocada al lado del mostrador. Que esta vez sus viejos parásitos estaban ausentes.

En viéndome, exclamó:

—¡Josú, don Jorge! ¿Usted aquí? De seguro que vendrá del otro mundo, manchado y arrugado, ¿eh? Diga, que yo le tiemblo a los muerto.

—De este mismo —le contesté, riendo ahora—, que aún no ha sido necesario rogar a Dios por mi alma, y, según veo, ni por la suya.

—Pues mire usted que no. Suerte que estamos pa contar er cuento todavía. Er mejó regalo de Navidá. ¡Cuántas cosas han pasado, que tóo parese mentira!... ¡Mozo! ¡, ¡otro vaso!... Y usted, ¡válgame Dió qué valiente! Tantos indio hay ahora que una aguja tirada a la caye no yegaría al suelo, y ¡usted aquí! Pero siéntese, aquí beberemos, que

los indio se me adelantaron y se cogieron los reservado, ¿y, quién los saca? Todo perro tiene su día, y eyos mandan hoy. Dueños son de vida y haciendas, y ya están hasta acabando con er whisky. Después, ¿qué beberemos: agua o café? ¡Nada!, que estaremos muerto, y los muerto no beben ná... Pero ahora usted está aquí; y de verdá. ¿Cuándo es que se vá?

—¿Irme yo? —le dije, sentándome a su lado—. Nada he visto más bello y curioso que esto que vemos aquí, en que yace mezclado lo pagano con lo religioso, lo animal con lo divino en el más extasiante de los menjures y el más admirable de los carnavales. ¿Qué cosa bajo el sol podrá ser igual?

—Estaríamos de acuerdo usted y yo si eso fuera tóo, pero er que nase para ochavo nunca yega a ser cuarto. Usted oye música y yama la cosa divertida. No orvide que Jicaque siempre baila en torno a la hoguera der sacrificio en que vá a chamuscá a sus víctimas. Y hoy, ¡hoy vá de veras!

—En estas calles chapinas he aprendido a decir: “No me asustan los leones, contimás los ratones”.

—Mal hase usted, que éstos no son ratone, ¡son tigres! Nada farta pa que los conosca. Pero brindo, amigo Johnson, ¡a su salud!

—¡A la salud de usted!

El continuó.

—Son tigres. Tigres felino. ¿Supo usted er fin que tuvo er jefe del Ejérsito?

—Sí; oí decir que lo mataron.

—El era como usted, que no créa en los tigres. Y ayer a las ocho yegó solo al cuartel de la Guardia de Honor, pa desarmarlos. Con un tigre no se hase así: primero se le mata, después se le quitan las uñas y los diente.

Hizo una pausa, posiblemente para pasar a otro asunto; pero sospechando yo lo demás de ese cuento, le pregunté incontinenti:

—Y ¿entonces?

—¡Ah!, que los indio lo trataron a él de este modo, y apenas yegó lo desarmaron pa siempre.

Sorprendido como nunca, exclamé ahora:

—¡Caramba! Eso sí está bueno. Quiere decir que por poco soy testigo de ese encuentro; pues déjeme que le diga que yo casi iba entrando a ese cuartel cuando tales tiros me detuvieron, pero ignoraba que era con ellos que daban muerte a su jefe.

—¡Virgen Santa! Veo que donde hay catástrofe ahí está usted. Y no pasarle nada: ¡qué suerte!... Y después, ¿qué hizo? Apuesto a que no se corrió.

—Me vine al Palacio del Gobierno, y presencié hasta el cambio de gobernante y algunas otras cosas.

—¿No desía yo? ¡Qué valiente! —Estaba más rojo que de ordinario, por su gran emoción. Y, mirando a través de su líquido, añadió con su vaso en alto—: ¡Oh juventud, siega ante er peligro, terca en los placere, sorda a los consejo, impenitente y loca! Eya es la génesis de todos los dolore, la causa de tóas las pena... Pero deje que le vuerva a yenar su vaso. Brindo, amigo Johnson, ¡por esa juventú!

Luego volvió a tomar su aspecto triste, para insistir: —Váyase, amigo Jorge. Váyase ahora: todavía es tiempo. Mire usted que la flota aérea se pasó enterita al Salvador, y de ahí ha de volver con bombas pa bombardearnos. Moriremos tóos. ¡sin fartá uno!

—¿Con que ahora se trata de las bombas? —le pregunté riendo—. ¿Qué hubo de los tigres?

—Y entrambos, no sé cuál sea peor.

En serio dije:

—Yo he caminado por muchas calles, llevando los ojos abiertos, y no he visto nada que pueda infundir el menor temor, sino lo contrario...

—Verdá que usted es muy hombre, pero con er corasón de niño. Yo lo que no quiero es que le partan los huesos a usted.

—¿Y por los suyos no siente nada? —le dije sin dejar de reír.

—Los míos no valen ná, que ya voy siendo viejo. La juventú es la edá felís, pero eso sólo la vejés lo sabe...

—Ahora ha vuelto a ser poeta.

—Pero déjeme usted que en prosa le repita que se vaya. Tar ves mañana sea tarde.

Chanceándome le repuse:

—A mí más me parece que el “espectáculo circense” no ha concluido: aún es temprano para derribar ese tablado.

—Usté y er tablado caerán junto.

—¿Tanta importancia me concede a mí?

—Caerá para usté.

—¡Ah!, después de mí el diluvio.

Y de nuevo me eché a reír.

—Es lo que yo digo: usté suicidarse quiere. Si supiera que...

—¡Don Antonio! Don Antonio! —era el propietario del restaurante que venía llamando con tanto apuro que daba miedo—. ¡Don Antonio! Mire esta carta que me acaban de dar. Es del nuevo Gobernador; ese indio que me quiere obligar a venderle por cinco mil quetzales este mi negocio con todo y casa, ¡cuando sólo en licores tengo aquí más de diez mil!

—Pero ¿cómo lo pueden obligar a eso? —le pregunté sorprendido, mientras mi amigo leía la carta—. ¿Con qué derecho?

—Con el derecho de la fuerza bruta, ¡los muy indios! contestóme.

—Pero usted puede tratar de entenderse directamente con ese “comprador” —le aconsejé—. Tal vez logre conseguir que...

—No hay que hablar mucho —terció, interrumpiendo, el indio que había traído la carta, que más parecía un miliciano—. El señor, dialtiro debe decir sí o no.

El propietario entonces se volvió a éste para responderle, pero se contuvo mirándolo con entrecejo, para preguntarle:

—¡Hombre! Tu cara me es conocida. ¿Cómo te llamas?

—Pedro Bajxac Pulúc, patroncito. Yo era caporal de su finca antes que usté la vendiera para comprar esta cantina.

El señor bajó la cabeza, dándome la impresión de que en este punto renunciaba a luchar contra aquella injus-

ta demanda, rindiéndose a discreción. ¿Por qué se resignaba así? Mi sorpresa iba en aumento.

Mi amigo Gutiérrez dijo entonces, a tiempo que devolvía la carta:

—Espada son triunfo, La hoguera está encendida. — Y luego preguntó al soldado—: ¿Y si ér dijera que no?

El otro, con un gesto, nos mostró la puerta, en donde vimos horrorizados a un puñado de indios, calzones a la rodilla y el aspecto de fieros mineros, con sus rifles cruzados sobre el pecho y portando en sus manos, que es lo que nos llamó la atención, mortíferos petardos de dinamita y toda la maquinaria para hacerlos estallar a un tiempo. Así daban a entender que el “no” del propietario significaría la total voladura de la casa, y, aparentemente, sólo aguardaban la señal convenida.

El propietario, pálido como la cera, preguntó sin querer dar fe a lo que veía:

—¿Pero, es posible...?

El soldado jefe del pelotón movió la cabeza de arriba abajo. ¡Era posible, y, además, seguro! El señor pareció pensarlo todavía. Tal vez creería que estaba soñando. Luego miró ya sobre un hombro, ya sobre el otro, como si esperase ver surgir de pronto y a última hora, la salvación. Pero no hubo tal surgimiento. y en cambio persistía aquella insinuación tan muda como elocuente de poner manos a la obra, o mejor la obra en el suelo, si se negaba. Sin abandonar del todo su vacilación, escribió al fin su firma en el papel que le presentaban, y que a ninguno se nos ocurrió indagar que papel era ese, tal vez porque pensaríamos que daba lo mismo que fuese lo que fuese, recibiendo él en el acto el precio impuesto: los cinco mil quetzales, por los cuales debió extender un recibo. Después, tomó su sombrero, y miró por última vez y con mirada húmeda, hasta el último rincón del que había sido su restaurante y cantina. Luego se despidió de sus empleados, que a pocos pasos se habían quedado observando alelados; y, mirando de soslayo a esos cartuchos al pasar, salió con paso de anciano, seguido de nosotros. El único que hablaba era mi amigo, que no cesaba de echar ajos y cebollas en ristras kilométricas.

—¡Era tóo lo que me fartaba! Primero el reservado, después la cantina entera. ¡Tigres mardesidos que confunda Dió, y confundidos mar tiro les peguen!...

Dejé de oírlo, no tanto por los ruidos de la calle que ya habíamos alcanzado, ni porque se le hubiese agotado el repertorio de sus votos, lo cual sé que rara vez le sucede, sino porque aquella desocupada multitud que continuaba desfilando con sus patrones del cielo nos separó violentamente el uno del otro, y por más que volví por él me fué imposible hallarlo, siendo que esto era como buscar una aguja en un pajar, con todo y que él nada tenía de aguja.

Y así fué como lo perdí, no quedándome más remedio que seguir solo, lo cual lamentaba tanto más cuanto que necesitaba urgentemente de su ayuda para aclarar mis ideas ahora trastornadas. De nuevo había sido testigo de la caída de otro "presidente" que, sin base legal esta vez, lo despojaron de todo, aunque a tal despojo hubieran querido darle la apariencia de un contrato voluntario. Y me dije: "Estarán haciendo lo mismo con todos los ladinos? ¿Deberé entonces pensar que se han cumplido las predicciones o temores de mi amigo y de mi amiga la señora Rubio? ¿O no será esto más que un simple y aislado abuso de autoridad de parte del gobernador? En tal caso, no será ésta la única violencia que hemos de ver aquí. ¿O será más bien el caso único de una venganza personal? Y esto es lo que más creo, pues el despojado renunció a seguirse oponiendo al reconocer al tipo que le exigía la entrega de la cantina. Pero, sea de uno o de otro modo, ¿cabrá el recurso de apelación, como en toda democracia?..." Recordé entonces que en el régimen anterior los ladinos decían que democracia era hacer lo que les venía en gana, hasta robar honras ajenas como pretendieron robarme la mía. ¿Qué extraño es, pues, que aquí un indio la entienda del mismo modo, viniéndole en gana robar una casa? Con la diferencia, atenuante para éstos que robar una casa es siempre menos grave que echar sombras sobre aquellas reputaciones.

Otra cosa que vine a preguntarme fué si habrían de haberse resistido su propietario a entregarla. Se me hacía

difícil creerlo, suponiendo en su lugar que aquéllos sólo trataban de asustar y amedrentar a éste, y ver si se dejaba. Y tal suposición sí satisfizo a mi espíritu, haciéndome juntamente ver que, por nuestra falta de adivinación, tanto el dueño como nosotros caímos cual niños en el lazo. Y esto suena ya a tragicomedia en la cual éste llora por tonto y el otro ha de estarse riendo por vivo...

Pero lo que más me dolía era el haber perdido contacto con mi amigo Gutiérrez y haberme quedado sin conocer su nueva dirección en donde buscarlo. Y bajo tal sentimiento seguí con el propósito de venirme al hotel; pero en aquel laberinto de humanidades y demás nieblas que me volvían miope y me hacían obedecer inconscientemente a la ley del menor esfuerzo, extravié mis pasos, torciendo a la izquierda cuando llegué a la siguiente esquina, o sea al lado donde resultaba menos difícil caminar, de manera que, sin querer, caminaba en dirección precisamente opuesta a la deseada y en la cual avanzaba cada vez con mayor holgura. Cuando he aquí que de repente sentí que me tiraban del saco, encontrándome, al volverme, con una señora ladina que con lágrimas en los ojos, me proponía:

—Señor, le vendo esta mi casa. ¡Mírela! Es bien cómoda. Me costó cinco mil y está nueva. Será suya por la mitad, pero cómpremela antes que me la quiten los indios...

—No, señora. No siga miedosa —terció un soldado que se nos había acercado inadvertidamente—. No le estamos quitando nada a usted, nada al que no debe. ¡Vivan los naturales!

Y coreado por otros muchos, siguió de largo.

—¿Qué es lo que dijo? —me preguntó ella, temerosa de haber oído mal.

—Dijo que no están pensando en quitarle a usted su casa —le expliqué, contento de poderla consolar—, y usted puede quedarse con ella.

—¿Será cierto eso?

—Sí, señora —le dije casi con el entusiasmo del soldado, como si su incredulidad hubiese creado y acrecen-

tado su fe—. Es en serio: la casa es suya. ¡Felices Pascuas!

Y nunca sospeché que tal voto: ¡Felices Pascuas!, pudiera darse con la alegría con que yo lo di.

A ella se le iluminaron los ojos, y, sonriendo a pesar de que las lágrimas se le habían multiplicado, murmuró: —¡Dios se lo pague!...

Seguí mi camino, pero luego mi alegría anterior cedió el paso a la reflexión. ¿Qué significaba eso de: “No le estamos quitando nada al que no debe”? Pareciera querer demostrar que el caso del restaurante no es el único, pues es tan reciente que es poco probable que la señora haya podido tan pronto saberlo para precaverse de la suya. Entonces, quiere decir que ella supo de otro u otros casos semejantes a éste. Y de ser así, la filosofía de aquéllos es de admirar: del que no debe no se cobran nada, aún siendo ladino el solvente. No se trata, pues, de venganzas personales, porque hablan de deudores y acreedores; más tampoco es venganza racial o de clase, porque ésta es ladina y además pobre, y la dejan en paz ¿Qué cosa es, pues? ¿Algo que va sólo contra los ricos? ¿Será, pues, que el país es ya sólo para el pobre? ¿Estarán, entonces, poniendo en práctica la sentencia aquella de: “Los primeros serán los postrados”? Pero, ¿puede tener tal alcance una masa ciega por el licor, por el triunfo, el fanatismo y los viejos rencores, hasta distinguir entre pobres y ricos de la clase ladina? Sin embargo, bien pudiera ser que la señora, en sus prejuicios y angustia, no haya hecho más que imaginarse que le arrebatarían su casa, sin conocer de ningún caso previo. ¿Será ésta la verdad? ¿Cómo podría saberlo?... Conste que esta explicación era con la que más simpatizaba, pero no creí prudente pronunciarme de una vez, dado que sabía que mis premisas eran lastimosamente insuficientes aún para sacar de éllas conclusiones rotundas. Y decidí seguir observando.

Pero lo que observé, por de pronto, fué que ahora me encontraba frente al palacio de la Biblioteca Nacional, que por haber ya estado allí pude reconocer, en el momento en que mi reloj marcaba las 17.30. Resolví entonces desandar el camino y regresar al hotel, aunque esto signi-

ficaba que tendría que repetir la alta hazaña efectuada temprano; y, caminando sobre la acera del cabildo, me acerqué a la esquina de la sexta con ánimo de cruzar dicha avenida; pero ya al llegar aconteció que los ruidos, a los que al fin uno acaba más o menos por habituarse, arrieron desmedidamente: el tún tún de los tambores, el tumbé de las tortugas (concha hueca de la misma tocada como tambor) y el chirriar de las chirimías resonaron con más fuerza, las campanas repicaron con entusiasmo mayor, y la creciente del humano río amenazó hasta doblar por compresión las paredes de los edificios en gran tremolina. Sucedió que la procesión al fin se había fragmentado como se fragmenta una tenia, en tantas veces como secciones o anillos había en ella, o, para decirlo con más reverencia, se multiplicó al modo de las medusas del mar, saliendo de la misma cientos de procesiones-hijas, algunas de las cuales, incluso la que aquí venía, eran devueltas a los templos con sus propios cortejos de fieles, acudiendo entonces a aquéllos todos los que se hallaban más o menos próximos para alcanzar la postrera bendición de este santo, pero sin que otros fragmentos de la misma hubiesen abandonado su dirección original, de suerte que lo que pasaba en esta esquina no era una, sino dos procesiones que llevaban rumbos opuestos; y si con cada una bastaba para llenarse toda la calle, con las dos simultáneamente la cosa era como para reventar. De ahí que, para defender la integridad de mis huesos, no sólo desistí de mi propósito sino que retrocedí, además, hasta ampararme en el marco de una puerta, desde donde ví que a cada santo que iban entrando les hacían dar antes varias vueltas en el atrio, con el objeto de bendecir con ellos a los que por no caber dentro de la iglesia tenían que quedarse fuera, bendición que el pueblo recibía de rodillas con su clásico fervor.

Poco después fueron encendiendo en la plaza, al lado de los focos eléctricos, fulgurantes hogueras que dejaban pálidos a aquéllos, iluminando a giorno con luminosidad fantástica, y despidiendo a veces fragancias de incienso. Eran tantas, que los cohetes y demás explosivos que techaban de fuego la ciudad parecían simples chispas de

esas hogueras. Y en torno a éstas, en las que pusieron a hervir grandes ollas de atole blanco y espeso que llaman chilate, y otras de masa para tamales, además del imprescindible café negro, los danzantes pululaban en mayor cantidad atraídos como mariposas, no tanto por su calor, dado que el baile era suficiente hasta para hacerles sudar, cuanto por su luz y lo que en ella hervía. Y aunque tales atoles no eran para mí, que, para colmo, servían en trastos comunes, me recordaron en cambio que se acercaba también la hora de mi cena. Más el cruce de la sexta seguía imposible; y no pudiendo tampoco permanecer indefinidamente en el estrecho hueco de aquella puerta, atravesé la calle que me separaba del parque y llegué a éste, en donde al menos ví que podía respirar mejor.

Pronto me dí cuenta que, además de esto, habían allí distracciones nunca sospechadas, como era, por ejemplo, aquella banda de música que se había instalado en la Concha Acústica, compuesta aparentemente de aficionados o, mejor, de músicos vanguardistas, que con dichos pesados instrumentos de viento estaban apostando al que hiciera más ruido. Y había que oír la resultante de esos broncos, al que se agregaba el de las no menos sonoras maderas, luchando cada uno por ser más músico que el otro. Más, como paciente, prefería los pianos africanos, que éstos al menos no desgarran el tímpano como aquéllos. Sin embargo, los otros no se encogían ni se apocaban, y la confusión de su música la arreglaban con un pregón que anunciaba el nombre de cada pieza antes de tocarla, dando a conocer siquiera la intención que los animaba; y así les oí anunciar el son llamado Carota de cuero, y después el Pavo real, La carcajada, El chipilín y El mazate, aunque sin haber podido hallar verdadera diferencia entre un son y otro; en tanto contemplaba, cada vez más divertido, a esta genticita tan menuda como bulliciosa, ebria de ron así como de felicidad, que danzaba incesante y sin fatiga entre el "batido" en jícaras, las hojuelas con miel blanca, el tamal y el café, contagiando a todo el mundo con su alegría y apetito, y quienes se han vuelto a descalzar para bailar mejor, llevando en sus manos como guantes los zapatos ya sucios y desollados. Y a

fe que hubiera bailado yo también de haber logrado adivinar qué tocaban.

Resultaba, pues, que sin darme cuenta me fuí quedando de minuto en minuto en medio de tanta juerga, y paseándome por todo el parque para irlo mirando todo, hasta que, de repente, volví a ver junto a una de aquellas lumbres a la india picaresca de la mañana, cistófora garrida cuyas flores y frutas las lleva no en la cabeza, en sus explayadas canastas, sino en toda ella a flor de piel, y que en el lenguaje de los poetas se llamaría Palas Atenea, bailando con mucha gracia, doblada hacia adelante, ágil y rítmica, con las mejillas aún más encendidas que el resplandor rojizo de las hogueras. Me miró, y al bajar sus ojos volvió a reír, continuando su danza, sin desmayar un momento, alrededor de la humilde marimba de tecomate en donde tantos sin tregua balanceaban sus cuerpos.

Y en este mismo lugar —no podía haber sido en otro— presencié un hermoso acto poético inspirado quizá menos por el vino que por la airosa doncella. De la multitud se destacó un hombre o, mejor, un poeta, vestido como aquellos que se visten por la cabeza, al modo de las antiguas estatuas. Descollaba, además, por su estatura, que era mayor que la del resto de los indígenas, así como era mejor su parecido físico, desde la barba bien poblada hasta la frente amplia. (Lacandón).

Como todos, venía ebrio, y entró apartando a las parejas hasta detenerse cerca y frente a la marimba en donde, levantando ambos brazos, impuso silencio. Los marimberos se quedaron con los bolillos en suspenso, y los bailarines en seco, se miraban unos a otros sorprendidos, mientras circuían al intruso, quedando todos pendientes de sus gestos que obedecían más por temor que por respeto.

El beodo se quedó mirando el suelo por un instante; luego abrió otra vez los brazos, y fijando la vidriosa mirada en la marimba, empezó con voz gemebunda, cual bardo acongojado:

Tu quejido desgarrante,  
 marimba de tierna entraña,  
 mal herida y agonizante  
 es sollozo de una raza  
 a manos de gente extraña.  
 Y a la tumba doliente pasa  
 herida con odio y saña,  
 sin protesta, sin rebeldía,  
 siendo de estirpe gigante.

Marimba, sigue tu llanto.  
 Llora con voces de canto  
 antes de acabar tu agonía.  
 Vibra convulsionante,  
 maderas mustias y frías.  
 Y repercute añorante,  
 en los lagos y las montañas,  
 tu queja con ritmo de canto.  
 Todo es falaz, todo pasa,  
 mas no tu muerte, ¡oh Raza!...

Se quedó inmóvil, cerrados los ojos, en tanto crecía a sus pies una lagunita de lágrimas que las llamas vecinas le daban matiz de sangre. También los que miraban tenían los ojos humedecidos. Y tan espeso fué el silencio que allí se hizo, que ni las más cercanas bombas lograban hacerse oír.

El indio sonrió, después abrió sus ojos y dijo:

—Mi raza nunca muere.

Y dando un traspiés, gritó:

—¡Vivan los indígenas!

Y mil voces contestaron; ¡Qué vivan!, con emoción suprema. Los bolillos cayeron nuevamente sobre el teclado y la danza continuó con más calor y vehemencia. Y las más graciosas se disputaban bailar con aquel ebrio...

Y bailando ellos los pies y yo los ojos, se me pasó el tiempo hasta que fueron las 24. Y entonces, dando gritos hasta enronquecer y saltando en el más loco de los arrebatos, se dieron a abrazarse unos a otros deseándose felices pascuas, con ruido que era más bien infernal, has-

ta que, por la parte que me tocó de esos abrazos, que fué la mínima parte, el cuerpo me quedó más que dolorido, lamentando apenas no haber quedado más cerca de aquella Atenea que ignoro qué suerte correría entre tantos abrazos o abrazadores... Escrito estaba, pues, que no iba a pasar este día sin que no hubiese sido estrujado. Y, como pude, emprendí la retirada.

Cuando alcancé al fin mi cama, me dejé caer en ella más muerto que vivo, sin aliento de desvestirme, durmiéndome en seguida con todo y ropa y pese a tanto ruido.

Ahora pienso en la señora Rubio. ¡El placer que me daría verla! Pero para eso tendría que caminar un kilómetro que, por ser con obstáculo, el esfuerzo en llegar será cien o mil veces mayor: y si también ya emigró, llegaría de balde.

De mis trabajos técnicos, ni para qué hablar, que aunque ahora mismo ratificase el gobierno nuestro contrato, sin duda que será difícil encontrar en estas especiales circunstancias obreros que quieran trabajar por ningún salario, todo ello sin mencionar la completa interrupción de los medios de transportes.

Resulta extraño por demás el que hace un minuto estoy percibiendo dentro de mí una débil vocecita que me pide que me aleje del país ahora que ya he visto bastante y antes que sea demasiado tarde; pero supongo que ésta no es sino el eco de mi amigo Gutiérrez, y reforzado por la voz del portero del hotel, quien anoche, al abrirme la puerta (y ¡cómo me costó para que me la abriera, habiendo tenido que repetirle mi nombre muchas veces!), me dijo asustado:

—¡Cómo! ¿Usted andaba en la calle, a estas horas?...

Y sacudía la cabeza de un lado a otro, chasqueando la lengua, sin lograr salir de su sorpresa. Pero, en todo caso, estos ecos van a ser "la voz del que clama en el desierto", porque aquí todo sigue alegre, extraordinariamente alegre. Y ¿quién es aquel que huye de tales cosas? No. Yo seguiré dándome a gozar con todo el pueblo, navegando, como Ulises, sin vacilar, para ejemplo de muchos, incluso del gerente de este hotel que no ha podido

o no ha querido salir de pesadumbres ni cambiar su cara de acelga por otra cualquiera; que si me lo permitiera, yo le regalaría una máscara de esas que ruedan por las calles con su sonrisa franca y placentera bajo los bigotes rubios...

Hora: 15.00

He estado observando de lejos al gerente, con deseos de entrar en conversación con él y cambiar impresiones, ya que no cabría decirle: ¡felices pascuas!; pero no me he atrevido por la pena que me da irlo a atrasar en su tarea febril de revisar archivos, sacar copias, tomar notas y quemar algunos papeles, tarea, en fin, propia de diplomáticos cuando esperan un inminente rompimiento de relaciones, y lo cual hace en compañía de otro señor que posiblemente sea el propietario, y que también muestra una cara semejante a la del criado que ví azotar el otro día... ¡Oh, ladinos, qué pesimistas son!

A medio día pude escuchar el radio, esta vez alimentado por baterías —la fuerza de la corriente pública es aún muy débil—, enterándome que los Estados Unidos rompieron súbitamente sus relaciones diplomáticas con el gobierno de este país, acto que fué explicado por el propio presidente del Gobierno Federal en rueda de periodistas, al hacer hoy la siguiente declaración:

“Bajo la suposición de que los indios hayan asumido el control de la presidencia de Guatemala, no existen relaciones diplomáticas con Guatemala”, es decir, relaciones Entre los Estados Unidos y Guatemala. “Preciso será”, siguió diciendo, “que determinemos primero si ese gobierno representaba lealmente la voluntad del pueblo y si está dispuesto o es apto para cumplir sus compromisos internacionales”. Agregó después que “nuestro embajador permanecerá siempre allá, aunque con carácter extraoficial, para ver el curso que tomen los acontecimientos”.

Otra estación americana informaba que los ladinos chapines que en gran número han afluído a Washington, entre ellos algunos ex-embajadores y ex-ministros del úl-

timo gabinete, están luchando porque se les siga considerando como tales, es decir, como embajadores y ministros, por propios y extraños, haciendo además creer a todo el mundo en el salvajismo y ferocidad de los indios, llegando hasta afirmar que éstos han instaurado en Guatemala "un régimen en un todo semejante al que imperaba en la extinguida Rusia del Soviet". Y parece que a todo esto han dado fe mis ingenuos compatriotas, pues según el comentarista que escuché, fué a estas acusaciones que se debió, en gran parte, el rompimiento de relaciones que dejo escrito. Y no es que yo esté defendiendo a ninguno, ni condenando a nadie, sino que me atengo a lo que yo mismo veo, teniendo presente, además, las palabras del último presidente ladino cuando dijo: "La verdad yace entre ambos extremos: ni es manto de profeta ni es piel de oveja".

Y pues que ya hice mi reparadora siesta, voy a ver que otra alegre novedad me encuentro por la calle. Bien pudiera ser que hallara a mi amigo Gutiérrez a la vuelta de una esquina: las cosas son así...

Diciembre 25

Lunes

Hora: 03.15

Esta es la hora en que estoy llegando de la calle, mas con el alivio de saberme en un país ideal, como tiene que serlo el gobernado por un hombre que lleva la rama del olivo en una mano y la pluma, no la espada, en la otra; pues he aquí que, ¡eureka!, ¡ya lo encontré! ¡Admirabilísimo! Y lo creyera un sueño, una visión celestial, si mi ojo no me diera tan claro testimonio de que fué verdad. ¿Dónde ver a mi amigo Gutiérrez para contárselo? Y ¡qué bien hice en no haber escuchado la voz cobarde de ayer! ¡Si no tenía yo razón! ..,Pero empece-mos por el principio, que, ahora más que nunca. cada de

talle merece ser recordado y registrado aquí (en el diario).

En su lugar quedó dicho que a las 15 horas salí a la calle. Corrijo; debo decir salí del hotel, porque la calle uno se la va haciendo a medida que avanza entre los densos grupos de bailantes que se agitan en un mar de ruidos y colores cuyo fin no se alcanza, o en un mar de trigales eternamente en flor. Danzarines que se han tornado de los pies desnudos, porque ahora todo el mundo renunció a los zapatos y sabe Dios donde los dejaron, pues ya no les llevan ni en las manos. Y las marimbas cantan y cantan, y los marimbistas dale que dale, a ellas y a la botella, a esa botella que ya les hizo perder la más mínima ligazón entre melodías y acordes, hasta volverse ininteligible para uno de nosotros, no así para ellos, cuyo entusiasmo va, si cabe, en aumento, ya que ellos siguen siempre entendiéndose, lo cual es todo lo que les importa.

En los lugares donde ha sido posible han instalado alegres tíos vivos, los que por ser de gratis apenas si pueden con tantos que forcejean por subirse a la vez, mientras otros muchos, envueltos en sus mantas y sentados en los portales, habían renunciado hasta al puesto de espectadores para quedarse plácidamente dormidos, con la expresión del que sueña que la vida no es un sueño sino una realidad que se toca, que se palpa y que se bebe y que se llama ron o whisky o champán, que para el caso —y también para ellos— es lo mismo. Pero no solamente esta clase de obstáculos encuentra el viandante, que también los constituidos por los recién llegados peluqueros —siempre inditos— y sus brillantes talleres: un taburete para el cliente, la media sábana para protegerle el pecho y los muslos, y las tijeras que me pareció que cortaban al son de la marimba o de las marimbas, subiéndolo en la cabeza hasta alcanzar casi la coronilla, como si el propósito fuese que en tal cabeza no vuelva a brotar pelo en todo el año, sirviéndose finalmente de una escobilla para barrer los pelos que después de cortados se quedan aferrados a la piel de la nuca o de las orejas como si quisieran echar raíces. Y todo por diez centavos. Y a juzgar por el incesante trabajar de ellas —como que los

clientes no esperaban más que un momento como éste, grande entre los grandes, para quitarse de encima aquella montaña que hasta aquí les protegía como la borra al coco, hasta preguntarme qué hubiese sido de tal coco de haberse demorado más este momento. Digo, pues, que a juzgar por el mucho trabajo de dichas tijeras, el negocio es redondo para los peluqueros, y visiblemente también para las mondadas cabezas. Y, asomados a sus ventanas apenas abiertas, sorprendía a algunos ladinos curioseando disimuladamente, como el que quiere sacar la cabeza del puchero, pero sin poder enterarme si lo hacían para divertirse con el espectáculo o como el que aguarda todavía lo peor, pues al detenerse para mirarlos bien, cerraban de viaje la ventana. Y ¡las ganas que me daban de sacarlos de allí y ponerlos en la calle, para ver si al fin bailaban o reían!

Zigzagueando, pues, y haciendo esguinces, y hasta saltando ora sobre aquellos cuerpos dormidos cuya integridad anatómica en tal maremagnum no podía obedecer sino a milagro, ora sobre el cuerpo de aquellas madres que, sentadas en el suelo, se levantaban la blusa hasta poner en exhibición ambos pechos a la vez, como para que el chiriz escoja, fuí avanzando más y más hasta verme frente al Palacio Nacional, cuyas puertas estaban abiertas de par en par como en espera de invitados o como invitando a todos a entrar. Y era tanta la alegría que allí había, que empecé a sentir por primera vez la tentación de aceptar esa implícita invitación; aunque me daba cuenta que debía ser cuidadoso en ello, pues corría el riesgo de que me sucediera lo que a San Pedro si alguien me reconocía y gritaba: "Este estaba con ellos cuando golpearon a Xirúm Ij", y tal vez tuviese que negarlo o salir alejado. Y a punto estuve de pensar que esto me pasaba por haber andado en malas compañías... Suerte que se me impuso la razón, o sea otra vocecita distinta a todas que, con mucha lógica, empezó a pedirme que entrase por aquella puerta y siguiese adelante mirándolo todo, todo, sin excepción... Y obedecí, alentado, además, por aquel inocente regocijo que bullía puertas adentro, en donde nadie miraba más que el suelo al bailar o al cielo al

vitorear. Pasito a paso, pues, fuí entrando, pegándome a las paredes como quien intenta confundirse con su pálida pintura, ojos y oídos bien abiertos.

Aquí las paredes eran todas calzadas, pero danzando con el mismo nerviosismo que los demás: ellos enfundados en sus calzones negros de aletas bordadas en "oro y sangre", y sostenidos con cinturones rojos de flecos y bordados en seda multicolor; y las mujeres con sus faldas azules a la rodilla y a veces más arriba, como danzarinas de faldellines cortos, que se acercaban y alejaban, adelantaban y retrocedían con sus graciosos movimientos, formando un gran cuadro vivo, entre el retintín no menos vivo de sus chachales. Son éstas las que usan aquel par de trenzas erectas que se mantienen casi horizontales, como para retener a respetable distancia al vecino de atrás, o se alzan hacia el techo al inclinarse ellas en su afable danza. Me imagino que ellas serán de la familia de los ministros: señoras esposas o señoras hermanas de Sus Excelencias, pudiendo inferir entonces que estaba en presencia de la flor y nata de la nueva sociedad chapina.

Sin embargo, pude ver que en el palacio no todo era fiesta: en algún rincón habría trabajo, pues algunos pasaban llevando abultados cartapacios bajo el brazo y sin detenerse, como hombres realmente ocupados. Pero ¿era posible? Al menos era probable, pues ¿quién ha dicho la última palabra acerca de estos hombrecitos? Digo: acerca de estos hombres. Y me pregunté quiénes podrían ser esos que trabajasen en este día y este tiempo: ¿simples oficinistas? Pero no era posible sin la presencia de sus jefes. ¿Los jefes de esas oficinas o ministros? Era dudoso sin la asistencia personal del presidente mismo. ¿Debía suponer, pues, que estaba éste en su despacho ahora? Y como un relámpago cruzó por mi mente el pensamiento que, de ser así, tal vez me sería dable verlo, y hasta hablarle quizá, en la que sería la más histórica de las entrevistas. La cosa, pues, tenía su atractivo. Más cuando pensé que en tal encuentro podría hasta averiguar con ventaja la suerte futura de todos nosotros, incluso la del contrato, ya no vacilé más, sino que acudí pronto al ascensor que me quedaba más cerca, al cual, sin embargo,

hube de renunciar apenas llegado al ver que, por la mucha demanda que de él había, era cosa de hacer cola, y cola de verdad por su gran extensión, si bien la espera no resultaba tan aburrida toda vez que era bailando como pasaban todos hasta que les llegaba el turno. Pero yo estaba impaciente, y, sin esperar más, me decidí por las escaleras que, en cambio, estaban desiertas, ya que todos preferían subir automáticamente. Y otra vez, paso a paso, fui subiendo solo los anchurosos peldaños de mármol, sin sombras que me encubriesen, más bien quedando puesto de relieve, tanto aquí como en los pisos superiores, pero sin que por ello nadie se mostrase alarmado, ni siquiera contrariado, ni tratasen de interceptarme, y en lo cual insisto para que se comprenda bien el curso que tomaron después —o que pudieron haber tomado— los acontecimientos.

A media altura me detuve para admirar tanto colorido que iba quedando a mis pies y que se arremolinaba como olas de mar teñidas por luces crepusculares; y, sin poderlo evitar, me vino el recuerdo de aquel día memorable y todavía tan fresco en que por estas mismas gradas subí en compañía de indios y cadetes en la hora aquella en que expiró la hegemonía ladina tan llorada por los interesados, o sea por ellos mismos. Aquello había sido sin crepúsculo de parte del cielo, pues la hora fué casi la misma en que se ahorcó Judas, pero fué un verdadero crepúsculo vespertino, con más sombras que luces, y aureolado de un silencio sepulcral. La hora actual, en cambio, es sonora, con el gozo y el trino de los pájaros que saludan a la aurora, a una nueva aurora en la que todo es alegría y esperanza, contentamiento y paz. Ya hasta desapareció el viejo mural que representaba la destrucción de Tecún Umán y de los suyos a manos de Pedro de Alvarado, y del cual no quedaron ni trizas. Y, cobrando yo también mi parte de entusiasmo, apresuré el paso, llegando medio cansado al salón de espera que ya conocía.

Pero allí no había ni un cortesano ni un pedigüeño, ni siquiera un vigilante, como si ya no se acostumbrase hacer ninguna antesala. Y, tímidamente, primero, y resueltamente, después, llamé golpeando en la puerta del

despacho por la que había entrado la otra vez, pero sin obtener ahora respuesta; y ni aplicando el oído pude percibir ningún ruido dentro de esa pieza, como si estuviese vacía. ¿Adónde entonces es que iban aquellos que subían por el ascensor? Y no eran tan pocos como para hacerse hormigas así no más. Y ni a quien preguntarle había, pues apenas veíanse algunas pocas mujeres en todo el piso que, vestidas como ellas solas, se deslizaban sonrientes y felices, atisbando con aire de turistas y ruido arrítmico de tacones nuevos, además de altos para verse de mayor estatura, confiando en que el público seguirá indulgente midiendo las estaturas desde el suelo; zagalas risueñas que al reparar en mí bajaban los ojos y se ponían serias, con lo que me cerraban la boca antes que acertara a abrirla para preguntarles nada, y lo cual no me sorprendía, en ellas, conociéndolas como ahora las conozco. Ví, pues, que no había otro camino que desistir de mi propósito de ver al presidente, máxime que ya se iba haciendo tarde, debiendo dejarlo para "algún día"; pero apenas había empezado a alejarme de dicha puerta cuando vino a pasar —¡oh favor del cielo!—, aparentemente en calzoncillos, con las puntas largas de su banda roja colgando por adelante y meciendo el cuerpo a cada paso como foque de lancha en borrascoso mar, un señorito destripaterrones y arquetipo de los zangandullos, rebotando al mismo tiempo de una vanidad sorprendente en uno como él. Venía, como aquéllas, con los ojos bajos, más no por modestia o timidez, sino por ir mirando arrobado las puntas brillantes de sus zapatos que debían ser recién salidos de la fábrica, como si quisiera en esa punta desentrañar el misterio o la maestría del chapucero que los había embendrado o sacado de la nada. Jamás creí, sin embargo, que el tal mandria pondría en tan gran peligro mi moderación y continencia cuando entre él y yo se entabló el siguiente diálogo que lo sostuve no más que por mi viejo y grande interés en Xirúm Ij.

Al preguntarme si podía decirme si el presidente estaba en su despacho, esto es, aquí, sacudió todo su cuerpo como si saliese de un éxtasis, o como si el barco hubiese encallado; y después, reganando con visible esfuer-

zo el equilibrio que sostuvo a punto de perder, se detuvo, metió los pulgares, pero sólo los pulgares, en los bolsillos de sus calzones, y entonces miró sobre su hombro izquierdo primero, luego sobre el derecho, y dándose al fin por aludido porque no había nadie más, me miró a mí, después tartaleó, y por último dijo:

—¿Qué manda?

Le repetí, señalándole la pieza cerrada:

—¿Me puede decir si el presidente está aquí?

—¿Mi tío? —contestó al fin—. Sí pues.

—¡Ajá! ¿Pero el presidente es tío suyo?

—Mero mero, no; pero me dicen que dialtiro lo fuera si fuera el hermano de mi nana.

—¡Oh! Pues usted sí es “dialtiro” inteligente... Pero diga: si el presidente está aquí, ¿cómo es que llamo en esta puerta y no responde?

—Aquí no está.

—Pues no le entiendo: ¿está y no está a un tiempo!

—¿Mánda?

Hubo una pausa durante la cual lo miré con ojos torvos, a lo que el buen señor ni se dió por enterado, antes bien me obsequió con una sonrisa tonta de las suyas, al par que alternativamente descansaba ya en un pie, ya en el otro, continuando así el balanceo que traía. Entonces yo proseguí, recalcando hasta las sílabas:

—¿Di-ce us-ted que él es-tá a-quí?

—Sí pues.

—¿Dón-de es que es-tá?

—En su oficina.

—Pero le digo que aquí he golpeado y nadie contesta.

—Esta es la oficina de los ladinos —e hizo una mueca de desprecio.

—¡Ah! ¿Y dónde es que despacha él... él otro?

—En su nueva oficina.

—Es seguro que debe ser nueva, pero ¿dónde? es que es-tá e-sa o-fi-ci-na?

—Allá arriba, y señaló el techo.

—¿En el techo? Y ¿quién despacha en el techo?

Y contestó muy orondo:

—Nosotros, ¡vaya!

Y, como si temiera que fuera a reírme, se fué luego meciendo entre las columnas y las paredes, vuelto a prender los ojos en sus arrobadores zapatos que le irían pesando como arrobos.

Con el sentimiento de haber sido burlado, me acerqué al balcón y miré hacia arriba, nadie había en el tercer piso, que estaba desierto, pero en la terraza ví a algunos indios pasar de aquí para allá con paso de gente ocupada. Comprendí que aquel zoquete quiso decir terraza cuando dijo techo. Y liberando de golpe mi entusiasmo que hasta aquí había guardado reprimido, corrí otra vez en busca del ascensor, pero éste pasaba sin detenerse de cima a cima, del fondo a la cúspide, reproduciendo así gráficamente el salto de ellos mismos al poder. Volví, pues, a las escaleras cuyos solitarios e interminables peldaños subí de dos en dos, a la carrera, para llegar al fin, fatigado y jadeante, a la terraza, y, por consiguiente, en muy malas condiciones para hacer frente a la terrible sorpresa que me esperaba allí.

Pero antes se presentó a mis ojos una grande y vistosa escena a cielo abierto, de primitiva pero fantástica belleza, con rasgos suavizantes de una comedia de Aristófanes, y con mezcla de aquellas otras de capa y espada del teatro español de la época del minué, por demás impresionante, aunque a primera vista se diferenciaba poco de las abigarradas y confusas que hoy se ven por todas partes, salvo que aquí se encontraba mayor orden en las cosas y más razón en los detalles.

Sobre una superficie de 30 varas de largo por 20 de ancho, limpia como un campo raso, exceptuando los muebles del fondo que se proyectaban al horizonte —una serie de escritorios, sillas y archiveros a la sombra de una pequeña carpa de forma de herradura— se hallaban, según supe después, los principales, pero no ya los "principales" de aquellas sus pobres cofradías, sino de la cofradía más rica de todas: la República misma. Allí estaba el presidente y su gabinete y algunas otras notabilidades.

A la izquierda de este múltiple despacho había un gran árbol de Navidad que se pronunciaba sobre un cielo encendido por el ocaso, colgando de sus verdes ramas las bombas brillantes y de colores que se mecían con la brisa. Y recordé otra vez: esta noche es Noche Buena. Noche Buena... Y mentalmente me quedé viendo la nieve caer suavemente en copos blancos, en tanto las velas parpadeaban en las ventanas iluminando a las medias colgantes y a las coronas de acebo y de muérdago, y oía las campanas triunfantes llamando en las iglesias a todos los creyentes, a todos los hombres de buena voluntad, y paz, paz en la tierra... Abrí otra vez los ojos. ¿Será igualmente paz en la tierra de Guatemala? La respuesta me iba a llegar en seguida, ¡quién lo dijera!... Al lado derecho y simétricamente opuesto a este árbol, del modo como se ven los coros en los teatros clásicos, o mejor como mosqueteros de los teatros antiguos, una buena parte del pueblo se aglomeraba con el fin de curiosear, pero limitándose a mirar de lejos y haciéndome suponer que donde estaba era el punto terminal del ascensor. El espacio que mediaba entre ese escenario y yo, así como entre aquél y el pueblo, era ocupado por los hombres de armas: ora blancas, ora de fuego, usando estos últimos uniformes militares aunque habían también quienes usaban pantalones blancos con rayas rojas, y encima las calzoneras negras de botonadura plateada, que resultaban tal llamativos, amén del pañuelo de seda de vivos colores en la cabeza. Los otros, o sean los de espadas, eran los que vestían de calzones de aletas doradas, chaquetas de bordados radiantes que exhibían como condecoraciones, y el zute o turbante rojo sobre la frente; y con la punta de la vaina se golpeaban los tobillos desnudos al caminar.

Yo me había detenido a cobrar aliento, después de la enorme subida, dándome de paso algunos toques a la corbata para mi buena presentación, al par que componía el semblante tratando de ponerme a tono con tan extraordinario ambiente de una remota época imperial, es decir, de un Imperio de tiempos pre-históricos, o más bien fantásticos que, muy a pesar mío, me movía a la risa y me hacía creer que la función ya había empezado, en lo

que ciertamente estaba equivocado, y equivocación ésta debida a mi modestia, pues era a mí precisamente a quien esperaban para empezar.

En efecto, terminado el arreglo de mi persona, dí unos tantos pasos al frente creyendo la vía expedita, como se miraba, hasta casi aproximarme al que podríamos llamar propiamente el despacho presidencial-ministerial el cual, a falta de paredes, era limitado por los escritorios ya mencionados —una media docena, colocados unos al lado de los otros en línea recta y mirando hacia el lugar donde yo estaba—, por una parte, y por otra, por una doble hilera de sillas o silletas puestas en semicírculo frente a aquéllos. Detrás de cada escritorio había un funcionario, no vestido de frac, ni siquiera de levita, sino como los demás, o sea a su antigua y pintoresca usanza, que les dada aspecto de majos sevillanos, de gallegos y de gitanos a un tiempo, y pudiendo entre ellos reconocer al que había visto dos días antes morder el polvo y levantarse después con un azul en al cara, sólo que ahora ya no tenía ningún azul, salvo el de la bandera de seda que le cruzaba el pecho diagonalmente y que parecía no tener otro objeto que el de distinguirlo de los demás indios sentados en los escritorios contiguos y que debían ser sus ministros. Sin embargo, tenía otro distintivo, o dos más, que eran: primero, su turbante, que en vez de colores vivos como el de los otros, era blanco y semejante al del indígena que vi en la iglesia, sólo que sus dibujos en seda aquí simulaban figuras de tigres y de águilas; y segundo, que las mangas de su negra chaqueta llegaban hasta el puño, en donde seguían mostrando sus clásicos bordados en azul y rojo. En aquel momento se ocupaba en firmar parsimoniosamente una serie de papeles que le iban presentando sus ministros, los que no todos vestían calzones cortos, habiendo algunos que los usaban largos con encajes en el ruedo, la calzonera negra encima, y a la cintura una banda negra con sugestivos bordados plateados cuyas puntas caían largas a un lado, y llevando sobre los hombros una capa de lana azul oscuro y un pañuelo grande de seda color amaranto en la cabeza, de puntas sueltas sobre la espalda. Y, en viéndolos, no pude me-

nos que decirme: "He aquí estos frágiles hombrecitos que bien podrían ser tomados como juguetes escapados de un Nacimiento, y, sin embargo, dueños son de tanto poder. Hombrecitos que hasta ayer eran los de escalera abajo, en tanto hoy son los de arriba. Ya no hombres-hormigas, aunque por la estatura siguieran pareciéndolo, que en tal cosa deberán ser hormigas-leones: hombres bravos y esforzados, como para venir a ser los nuevos corazón y cerebro de Guatemala, a cuyos pies yace ahora todo un pueblo. Esto era lo que nos reservaba el futuro, y un futuro tan inmediato que sorprende cómo no fué sentido, ni adivinado, ni siquiera imaginado"... Iba, pues, acercándome a aquellas sillas, con la confianza del inocente —entiéndase del tonto—, cuando uno de aquellos portaespadas que en nada deben confundirse con espadachines, se me vino colérico con aquella desenvainada y la nariz tan hinchada que apenas quedó señal de su natural cifosis, y tomándome arrebatadamente del brazo me paró en seco al tiempo que me preguntaba con ira mal contenida:

—¿Qué diablos busca usted aquí?

La pregunta, con la entonación de beligerancia con que fué hecha resultó muy semejante a la que en aquel día célebre me hicieron los cadetes, si bien ahora sonaba a otra cosa: a algo así como a amor propio herido, pues mi presencia en tales alturas negaba el esmero que él trataba de poner en el desempeño de su cargo de vigilancia. Yo le contesté, con más temor que indignación:

—He venido a saludar al Señor Presidente, de quien soy amigo, pero si está prohibido me puedo bajar por donde subí. Yo no soy ladino, sino norteamericano.

El repuso, renunciando ya a todo respeto:

—¡Ah! ¿Con que no tenés contraseña? Pues no me importa que seas gringo o turco. Aquí subiste sin permiso y, si no trajiste paracaídas peor para vos.

Y así diciendo me dió un violento empujón hacia el lado donde no habían escaleras, logrando a duras penas detenerme ya a pocos pasos del pequeño muro que marca el fin de la terraza, mientras otros muchos de igual condición, viendo lo que ocurría, se acercaban entusiastas

con rifles y bayonetas dispuestos a rematar la no muy sana intención del primero, y faltando poco para que lo consiguieran.

Sobra decir que yo estaba más que asustado, habiendo comprendido, además, que si esto hacían sin haberme reconocido, ¿qué no harían reconociéndome? De todos modos, ahora me veía entre la espada y el abismo, pero quedándome el consuelo de poder vender cara mi vida; y así, repitiendo el puñetazo que ví dar el día 22, derribé al de la espada con el mejor de los míos, lanzándome seguidamente a la que hubiera sido la mejor de mis carreras de no haber dado ellos conmigo en tierra apenas iniciada ésta, y cayéndome todos encima con ánimo digno de mejor causa, entre gritos y voces que no entendía por ser dichas en sus famosas jerigonzas pero que no obstante comprendía que no eran expresión precisamente de cariño. Parecía que estaban creyendo que yo llegaba a quitarles la presidencia: tan grande y exagerada era su defensa. Y el estrépito que hacían era tal que ya no escuché más, como si hubiese caído en el más hondo de los sueños, y hasta dejé de sentir el peso de mil indios, haciéndome recordar, pero sólo por un momento, la escaramuza que ví en aquel domingo electoral, quedándome luego sin pensar, con la mente en blanco, y, por último, díme por muerto. Más en tal punto me ví como por ensalmo libre de peso y todo, haciéndose la luz dentro y fuera de mí, viniendo entonces a despertar, luego a recordar, y por fin a levantarme despacio y cuidadosamente, por si hubiese en mi cuerpo magullado algún hueso roto que a Dios gracias no tenía, pero que lo parecía según era el dolor que sentía desde los cabellos hasta las uñas, en tanto la cabeza me daba vueltas como un animado tío vivo.

Puesto al fin en pie, con uno de mis ojos (el izquierdo me lo habían cerrado), traté de hallar la razón de este milagro, pues no podía ser sino milagrosa esta mi resurrección, mirando en torno mío, lo que pensé era la suma de una millonada de indios que me rodeaban sacudiéndose el polvo de sus ropas y blandiendo aún sus siniestras armas, y, dentro del círculo y frente a mí, al presidente mismo que, a lo que presumo, había llegado a ave-

riguar qué zafarrancho era esté. Y nos quedamos mirando él y yo, detenidamente, pensando ambos quizá en la similitud entre esta escena y aquella del día viernes, con la salvedad que era yo quien ahora había ocupado su puesto, si bien no más que en lo que al suelo se refiere. Pero él no dió señales de reconocermé, ni de acordarse. Sin embargo, mi impresión fué que él y yo podíamos venir a entendernos y sernos mutuamente útiles. Es verdad que con sólo un ojo no se distingue tan bien como con los dos cuando no ha habido todavía lugar a la adaptación, pero en seguida me pareció que ese hombrecito venía derramando más bondad que otra cosa: cuando me quedé mirando a través de sus lentes, sus ojos tenían la apacibilidad de un niño. Después, paseó él, interrogando, su mirada por todo el grupo hasta que el primero de la espada —y no confundirlo con as de espada—, enjugándose la nariz aún sangrante con su pañuelo rojo, le dijo a aquel por vía de explicación:

—Este gringo, señor, subió de contrabando.

—Excelencia —le dije yo mientras me esforzaba por cerrarme la camisa ahora desprovista de botones—, le ruego aceptar mi tarjeta y sepa quien soy. Yo subí públicamente por la escalera sin tratar de ocultarme y sin saber que era prohibido.

—Sucedé —habló el presidente con voz un tanto reposada que volvió a tranquilizarme, echando a la vez una ojeada a la bien arrugada tarjeta que le había dado— que como mis hermanos han preferido el ascensor, sólo en éste han puesto vigilancia. ¡Capitán! —se dirigía al hombre-espada—: ponga guardia también en las escaleras, y que no se repita esto. ¡Señor Johnson!, lamento de veras lo que ha ocurrido, pero es que para subir hasta acá se necesita permiso especial: la situación, que no se ha normalizado todavía, así lo exige. Ahora, ¿quiere decirme a qué subió?

Esta pregunta me la hizo en inglés, y en un inglés correctamente pronunciado, que me sorprendió favorablemente, pues ahí mismo creí contar con su buena voluntad. Yo le contesté en la misma lengua:

—Todo lo que quería, señor Presidente, era conocer-

lo a usted y, si me era posible, conocer también su Plan de Gobierno. Pero siendo que...

No hallé cómo poder referirme a lo que me había pasado, aunque poca falta hacía habiéndolo visto él mismo. Por su parte, me miró fijamente otra vez, y después, muy sencillamente, me dijo en español:

—Con todo y el mucho trabajo que tengo en mano, voy, sin embargo, a satisfacer sus deseos, más que todo obligado por las circunstancias especiales de su llegada, esto es, como en desagravio por el mal rato que le han hecho pasar, y tomando además en cuenta que, por su calidad de extranjero, es posible que no conozca nuestra verdadera historia que tan adulterada y calumniada ha sido por tantos interesados. Sírvase seguirme.

Y echó a caminar con su paso corto y ligero, pero el cuerpo recto y la cabeza erguida. Se deslizaba suave en sus lujosas sandalias que le cubrían todo el pie, haciendo vibrar los soles rojos de centros dorados de sus calzones.

En pos de él, y medio cojeando, crucé el cordón de guardias, los que se dispersaron al momento, hasta alcanzar el otro extremo de la terraza en donde estaba su despacho y el de todo el gabinete, cuyo piso era cubierto de gruesas telas típicas a manera de alfombras de dibujos milianochescos, que daban ganas de sentarse o acostarse en ellas. Y a una orden suya quedamos sentados frente a frente, separados no más que por la mediana anchura de su escritorio que ocupaba el centro de los seis o siete que allí habían, en tanto sus ministros, dos de los cuales me fueron presentados: el señor Quijivix Cushum, de Relaciones Exteriores, y el señor Cumichicheo Rumpidiajquil, del Interior, etc., previa inclinación reverente hacia su jefe se instalaban en sus escritorios respectivos, pudiendo observar que los que vestían del mismo modo que el presidente, el centro de los soles que tenían bordados era plateado y no dorado. En el resto de las sillas colocadas en semicírculo, que más parecían sillas de fakires por lo duro e incómodas que eran, se sentaron otros personajes que serían los secretarios privados o los subsecretarios, magistrados o qué sé yo, guardando éstos el máximo respeto, y todos una seriedad heráldica y una inmo-

vilidad que fuera de mármol si no tuviesen más semejanza con figurillas de cartón. Y se quedaron pendientes de la palabra del Ejecutivo, como si estuviesen a los pies de un Brahmán para escuchar la lectura de los Vedas, con todo y que para ellos no debía de haber nada nuevo, en esa historia. Mas sólo Dios sabe cómo echaba de menos los mullidos y sabrosos sillones del anterior régimen, de fecha que ya me parecía tan lejana, y en lo cual me obligaban a pensar las condiciones de mi cuerpo. Sin embargo, en lo moral me sentía aún más incómodo, sin saber si se debía a la inmensidad del anchuroso techo que nos cubría (por ser ya las 18 habían corrido la carpa con la cual se defienden del sol), o era por verme objeto de la eterna atención entre cortés y reservada de aquellos pintorescos cuanto poderosos caballeros que no me quitaban la vista de encima, como yo y el mundo entero la teníamos puesta en aquel gobernante; pero me daba cuenta que sólo faltaban los colgantes tapices y la seda blanda de los cojines para hacerme la ilusión de hallarme en alguna corte de rancios abasidas. Y pendiente yo también de las palabras de aquél, las que esperaba sumamente interesantes, olvidé el dolor de mi ojo y demás dolores. No obstante estuve lejos de sospechar que de los labios de aquel hombre iba a escuchar cosas en verdad maravillosas.

Este empezó con un pequeño exordio:

—Lo que usted va a oír, aunque dicho a la ligera por la escasez de tiempo, es nuestro verdadero sentir, sin velos de disimulo ni trazos de hipocresía, porque están calcados en la realidad, y también sin intención de crear en usted una curiosidad mórbida o una piedra humillante; sino iniciarlo apenas en un problema que hasta hoy ha con-cernido al máximo segmento de nuestra población que, a menos que nosotros lo digamos en forma tajante —aunque nunca será tan impresionante como los hechos reales—, nunca saldría de las sombras en que ha permanecido por centurias, porque era táctica de “ellos”, como del desaparecido comunismo, hacer que los hombres teman proclamar públicamente la verdad y protestar contra la crueldad, la injusticia y la tiranía. Pero ya es tiempo de decirlo, pues como dijo Emerson: “el hecho de que un nue-

vo pensamiento y una nueva esperanza ha entrado en un corazón, es anuncio de que una nueva luz acaba de encenderse en el corazón de millares de personas". Mucho de lo que aquí diremos, aparte de aplicarse en primer término a los mandarines de que haremos mención, puede ser también apropiado por los hombres de otras latitudes, porque, en más o en menos, muchos de estos vicios han tenido carácter universal desde antes de Grecia y Roma, y a través de la Edad Media y la era colonial de América, como es fácil de comprobar. Y aunque mi deseo, hablando de estos hechos reales, fuera tratarlos en todos sus múltiples aspectos, he de limitarme a unos cuantos de éstos — si bien todos redundan en el aspecto humano—, dejando los jurídicos, los políticos y algunos más a otros más entendidos.

Y diciendo ésto señaló a los que allí representaban al foro nacional o miembros de las cortes de justicia. Después, en tanto que su mano que apoyaba sobre la mesa jugueteaba con un lápiz grueso, prosiguió:

"A nosotros nos dieron el sobrenombre de "indios" primero por equivocación, y dejado así después por costumbre en unos y mala fe en los más, ya que ellos —los "blancos"— tomaban esta palabra como sinónimo o contracción de "indinos", del modo que nosotros les llamábamos a ellos "ladinos" para significar, no que pertenezcan étnicamente al grupo racial de un cantón suizo así llamado, sino en su significado gramatical y realista, esto es, que fueron listos para servirse y aprovecharse de nosotros. Pero en honor a la verdad, así como no todos ellos fueron ladinos en este sentido, ni en ningún otro, así nosotros no fuimos ni somos indios en ningún aspecto sino indígenas, naturales, autóctonos o aborígenes de este país. Si en el físico mostramos alguna relación con los orientales, nuestra concepción religiosa y prácticas místicas fueron en un todo semejantes a las de los egipcios. Si era oriente por un lado, era occidente por el otro. Así América viene a ser el lazo formado por ambas cintas; la condensación de ambas razas con sus respectivas experiencias; en fin, tres en uno. Bien sabido es que nuestra raza troncal o Maya fué originalmente derivada del cruzamiento de dos nobles ra-

zas: los intuitivos lemurijs, por una parte, cuyo macizo se extendía desde California al Japón entre los 140 grados de longitud occidental y los 70 de longitud oriental, y perdido en los días de cataclismos, siendo restos de este macizo, entre otros, las islas Hawaii, las de la Pascua, Tahití, y los Estados de California y Oregón, pudiéndose aún ver en toda su pureza sobrevivientes en ciertos lugares del norte, como en el monte Shasta, por ejemplo; y los poderosos atlántidas, por otro lado, llamados también prohombres, cuyo continente ocupaba el Atlántico desde la América hasta el Africa, y los cuales se encontraron en este continente nuestro que aquellos lemurijs llamaban Guatamas, encuentro que culminó en la formación de una raza histórica profundamente homogénea en su lenguaje, costumbres e ideales. Por eso el Popol Vuh habla de hombres-prodigios, al referirse a nuestros antepasados, como debieron ser, dada la calidad de sus gestores. —Y me preguntó—: ¿No ha tenido usted todavía la oportunidad de leer el libro así llamado?”

—Ciertamente —le contesté aún algo cohibido—, lo leí recientemente; pero, para serle franco, fué muy poco lo que logré entenderle, y le agradecería mucho si usted pudiera aclararme algunos de sus conceptos.

Esto dije sin imaginarme que en verdad era capaz de hacerlo. Y, con brillantez, empezó él:

—El Popol Vuh original, o Libro Sagrado de los Quichés, era la narración mística del principio o génesis de las cosas y los hombres, comprendiendo además, todo un sistema de misticismo esotérico y de cosmología, y por el cual se explicaba la naturaleza de Dios y su relación con el mundo; contenía, pues, una reproducción parcial del Pizón Galgal de que luego hablaremos. Libro que estaba expreso en dibujos y figuras jeroglíficas —escritura ideográfica— sobre cortezas de árbol de gran tamaño y que resultó destruido en el incendio que asoló a nuestra incomparable Gumarcaah, capital de nuestro imperio, en la cuaresma del año trágico de 1524, realizado sin previo aviso por el Capitán de la Destrucción y de la Desconfianza señor Pedro de Alvarado, poco después de aquel otro hecho que absurdamente se ha dado en llamar Descubri-

miento. El actualmente llamado Popol Vuh no es otro que el Manuscrito de Chilá, llamado así por haber sido descubierto y traducido al español por el fraile don Francisco Ximénes —un dominico que sabía lo que hacía— en este pueblo quiché que los mexicanos llamaban Chichicastenango, el cual había sido escrito dos siglos antes, en tiempos del bendito Señor Obispo Marroquín, en la ciudad que éste mismo había bautizado poco antes con el nombre de Santa Cruz del Quiché, y escrito en caracteres de la antigua lengua quiché, esa lengua maravillosa de los sinónimos, y suave como el céfiro, que le hizo exclamar al dominico que era “la principal que en el mundo hubo”, pues si carecía del ritmo poético que caracteriza a las lenguas árabe e italiana, se adaptaba, en cambio, como el agua al vaso, a todos los estados de ánimo del orador; y en verdad que razón tenía de ser así: como que descendía del glorioso Zend Avesta o lenguaje Zend de Zoroastro, de igual modo que el quichua de los Incas; y el Zend Avesta era la lengua de los atlántidas. Y es precisamente por esta cualidad de su lengua, a más de la forma ambigua en que originalmente fué expuesta (ambigüedad que obedecía a las mismas razones que obedece la de la Biblia cristiana, por lo que ambas se han prestado a sufrir tan diversas como erradas interpretaciones que sólo los iniciados lo saben), que este Manuscrito ha sido interpretado de muchas maneras por los legos en ocultismo, siendo para algunos simples rudimentos de astronomía quiché, para otros una historia militar ingenuamente escrita; aquí se dice que es una colección de cuentos para niños, y hasta hubo quien lo tomara como un mensaje clandestino destinado a los mismos quichés con el objeto de enseñarles cómo evitar el contacto de los conquistadores “blancos” (!). Y es que en tal libro agregaron la historia política —migraciones y conquistas—, por cierto incompleta, y la tabla cronológica de reyes y señores, a sus narraciones místicas, haciendo exclusión de los horóscopos, los cálculos astronómicos y las fórmulas cósmicas que en el principio aplicaban a todos sus problemas, para merecer los nombres con que hoy se le conoce: Libro del Consejo, Libro de los Príncipes o de los Principales,